



el demonio en el cerebro

SILVER KANE



SILVER KANE

EL DEMONIO EN EL CEREBRO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 979

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL DRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 11.284 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1969

© SILVER KANE - 1969
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

CAPÍTULO PRIMERO

No era la primera vez que sentía aquello, y pienso que otras personas lo habrán sentido al igual que yo. Era esa hora incierta en que se separan la noche y el día, en que el sueño ya debiera haber terminado, pero uno aún se aferra a la almohada, negándose a terminarlo. Creo que eso le ocurre a todo el mundo; lo que no sé es si todo el mundo ha creído notar lo que notaba yo.

La señora Gibbons vino a despertarme, como todas las mañanas, llamando con los nudillos a la puerta.

—¡Eh, señor Barton! ¡Señor Barton, es su hora!

Yo odio a la señora Gibbons.

Odio el olor a tocino y a huevos fritos que se desprende a esa hora del hotel de segunda clase que ella regenta. Odio los pasos de los huéspedes yendo a su trabajo. Odio los ruidos de los motores de los coches que arrancan y se van calentando en el patio interior.

—¡Señor Barton, las siete!

Dije, como todas las mañanas:

—Gracias. Ya me levanto.

Pero no me levanté. Millones y millones de hombres, en otras partes del mundo, debían estar haciendo lo mismo que yo. Debían estar odiando al nuevo día que empezaba, negándose a admitir su realidad, resistiéndose a abandonar la noche, en la que al menos habían sido reyes de un pequeño universo en el que nadie les molestaba.

El despertador de la habitación contigua resonó tan fuerte que pareció estallar en mi cabeza.

Mi vecino no quería que le despertara la señora Gibbons; amaba más el timbrazo despreciable de su despertador barato. Lancé una maldición, fui a ponerme en pie y mi cabeza volvió a caer sobre la almohada.

No debía encontrarme bien.

Algo me sucedía, puesto que me era casi imposible saltar del lecho, y en cambio, en cuanto cerraba los ojos, sentía una indefinible voluptuosidad.

Me parecía que andaba por una calle larga, muy larga.

No sentía ninguna fatiga.

Al final de la calle larga había un objeto plateado que me era imposible definir. Yo seguía avanzando hacia él. Pero —y aquí estaba lo extraño del sueño—, no avanzaba con mis piernas, sino que *avanzaba con mi cerebro*.

Era como si lo más importante e íntimo de mí mismo, es decir, mi cerebro, se desprendiera de la caja craneana y avanzara por sí solo, igual que si estuviera dotado de pies. O quizá como si se arrastrara. El caso era que yo seguía dominado por aquella sensación de poderío, por aquella indefinible voluptuosidad.

De pronto algo pareció estallar en mi cabeza.

Llamaban otra vez a la puerta.

—¡Señor Barton! ¡Las siete y veinte!

Tuve un sobresalto.

¡Dios santo! ¿Habían pasado ya veinte minutos?

Me levanté pesadamente esta vez, porque la inexorable realidad del reloj era superior a todos mis sueños. Abrí la puerta a tientas para meterme en el pequeño cubículo que era mi cuarto de baño.

El hotel de la señora Gibbons no tiene lujos, pero cada uno de los huéspedes dispone de todo lo necesario, sin necesidad de molestar a los demás.

El agua fría de la ducha me despabiló. Me despabiló tanto que me pareció que el cuerpo se me convertía en un témpano. Miré a través de la ventana y vi el termómetro que colgaba fuera. En Nueva York estábamos solamente a dos grados sobre cero. Si el día se mantenía despejado como hasta ahora, al atardecer helaría. Ese pensamiento hizo que diera vueltas, a toda velocidad, al grifo del agua caliente.

Pero no salió ni siquiera un chorro templado. El agua se mantuvo a una temperatura de Polo Norte. ¿He dicho que el hotel de la señora Gibbons tiene comodidades? ¡Al diablo!

Salí de la ducha, me sequé vigorosamente y me vestí de cintura para abajo. Estaba afeitándome cuando miré mis ojos en el espejo.

¿Qué me pasaba?

Tenía la sensación de que mis ojos no eran los mismos.

Incluso me pareció como si alguien pensara por mí, como si en mi cabeza hubiera penetrado una misteriosa presencia ajena.

Terminé de vestirme y salí. Me dolía la cabeza. Demonios, ¿por qué habría pensado todo aquello?

¿En qué líos me estaba metiendo yo, un modesto empleado de una compañía de seguros cuya única preocupación debía consistir en no llegar tarde?

En la mesa ya tenía mi desayuno: el aborrecible tocino, los dos huevos fritos con manteca, un poco de pan, un poco de mermelada y una taza de café.

Como siempre, mi vecino de mesa, el profesor Carter, me volvió ostensiblemente la espalda.

—Buenos días —dije.

Él no me contestó.

—Mal tiempo, ¿eh, señor Carter?

El profesor me miró con unos ojos donde se leía a la vez el desprecio y la pena.

—Lo siento —dijo—. Después de todo, no es usted mal muchacho.

—Entonces, ¿por qué me odia?

—Porque durante dos años de su vida se ha dedicado a cometer crímenes, señor Clive Barton.

Parpadeé.

¿Crímenes? ¿Qué crímenes?

No sé qué me ocurría esta mañana, pero no entendía nada. El profesor murmuró:

—Sí, señor Clive Barton. Crímenes contra la Humanidad en el frente vietnamita. Mató a seres inocentes.

Comprendí. Claro, era eso... Pero al menos el profesor se había dignado darme una explicación.

—Señor Carter, a mí me enviaron a Vietnam a la fuerza. Le aseguro que antes de eso no tenía una idea muy clara de dónde estaba Hanói y dónde estaba Saigón. Me dieron un fusil automático, pero no estoy seguro de que matara a nadie. Por lo menos, le aseguro que nunca tiré a dar. Al cabo de un tiempo me hirieron en la cabeza y me repatriaron. Eso es todo. ¿Por qué me desprecia? Ya sé que usted dirige una organización pacifista, pero no hay motivo

para lo que hace. En realidad, esa maldita guerra del Vietnam ha deshecho mi vida.

El profesor me miró con más simpatía, aunque sin acabar de creermelo. Me di cuenta de que esperaba esa explicación.

—En efecto, usted ha sido una víctima, como tantos otros —murmuró—. ¿Y dice que le hirieron en la cabeza?

—Sí, señor. Y hubo que abrirla para sacarme la bala.

—Ya me parecía a mí...

Le miré con suspicacia.

—¿Qué es lo que le parecía, profesor?

—Verá... No se ofenda. Pero tengo a veces la sensación de que usted no... no...

—¿No qué?

—Hay momentos en que no está en este mundo. O ve usted más cosas que nosotros, o ve menos, pero usted no es normal. A veces incluso tengo la absurda sensación de que es otra persona la que piensa por usted. ¿No ha notado nunca nada anormal?

Cerré un momento los ojos.

Dios santo, aquella sensación...

La sensación que había tenido aquella mañana, que había tenido otras veces, de que alguien pensaba por mí...

El profesor insistió:

Supongo que en estos momentos aún no hay posibilidad de que le hayan hecho un trasplante de cerebro. La ciencia no está tan adelantada como para conseguir esas cosas, ¿verdad?

Me levanté bruscamente y volqué la silla.

No sé por qué lo hice. No sabía tampoco lo que me ocurría. Pero me temblaban las rodillas.

El profesor balbució:

—¿Qué le pasa?

—Na... nada.

Por fortuna estábamos solos en el comedor. Los demás huéspedes ya se habían ido al trabajo, y el profesor entraba más tarde que yo, de modo que no tenía demasiada prisa. Vi confusamente que él también se ponía en pie.

—¿Se siente mal, Clive?

—No... No, me haga caso.

—¿Va a ir a trabajar?

—Claro...

—Si quiere, telefonearé. Diré que está indispuesto.

—No, señor Carter, no haga eso. En este tiempo uno no puede bromear con su empleo. Malo será llegar tarde, pero peor será darles motivos para pensar que soy un hombre que no rinde.

—Al menos le acompañaré —ofreció.

No me opuse.

La verdad era que ir solo no me hacía ninguna gracia, como si tuviera miedo.

El profesor, que, aparte sus recelos por haber sido yo soldado, era la persona más amable que había conocido, no consintió que yo condujera. Se puso al volante de mi viejo «Chevy» y fuimos hasta la estación de la Feria Mundial, a la que la gente llamábamos así porque en sus inmediaciones estuvo el gran certamen que se cerró en 1965. Allí tomé el tren que me dejaría en Times Square, en el centro de Manhattan. Afortunadamente, no era muy lejos, pero aun así llegaría tarde. El profesor se empeñó en venir conmigo.

—He de ir a la Biblioteca Municipal, que no está lejos —murmuró—. No se preocupe, no pierdo el tiempo al acompañarle.

El público del ferrocarril era el de todas las mañanas, aunque muchas caras yo no las conocía, porque iba con retraso. Es curioso lo que ocurre con los transportes colectivos cuando uno los toma siempre a la misma hora. Son como una pequeña ciudad. Las mismas caras, las mismas expresiones, los mismos ojos huidizos y también, ¿por qué no? las misma chicas succulentas con las que a uno le gustaría haber hecho amistad más íntima. Media hora más tarde, sin embargo, todo cambia. Uno tiene la sensación de que se ha ido a vivir a una ciudad distinta. Las personas que viajan ya tienen otros empleos, ya pertenecen a otra dimensión social. Y eso me ocurría ahora, al ir tarde a mi trabajo.

Como siempre, la gente devoraba los periódicos. Ustedes ya saben cuáles son las secciones más leídas a esa hora en las grandes ciudades norteamericanas: la Bolsa y los sucesos. De un sitio a otro se hacían comentarios en voz alta.

—¿Has visto? ¡Están subiendo los aceros!

—¡Y yo que los vendí con pérdida la semana pasada!

—Compra químicas.

—¡Bah! ¡Lo que he de hacer es comprarle un abrigo a mi mujer!

¡No me deja vivir!

Otro lanzó un gruñido, junto al asiento en que yo estaba.

—Eh... ¿Ha leído lo de esa chica?

Mostré mi ejemplar, que no había desdoblado aún.

—¿Qué chica?

—La tiene ahí, hombre. Los dos llevamos él mismo periódico.

Me refiero a la que ahorcaron en su habitación. Una cosa impresionante, créame. Colgada de su propia lámpara. Y a medio vestir.

Noté que al tipo se le hacía la boca agua.

—¿A medio vestir?...

—Sí. Imagínese.

—¿Qué edad tenía?

—Unos veinticuatro años.

—Debió ser sorprendente —dije—. Esa pobre chica a medio vestir...

—Imagínese —repitió el otro.

Pensaba, sin duda, en el crimen de un maníaco sexual. Y trataba de retratar, de fijar en su mente todos los detalles.

—Una muchacha casi... —murmuré—. Veinticuatro años no son nada. Y tan bonita... Y las pocas ropas que llevaba puestas eran de luto. A usted... ¿a usted no le gustan las chicas vestidas de luto?

El individuo que estaba a mi lado parpadeó.

Parecía no haberme entendido.

—¿Qué dice? —farfulló.

—Perdone, debo haber cometido una indiscreción.

—No, no... A mí me gustan las chicas vestidas de luto. Están más... más deseables. Cuando son jóvenes, claro. Pero lo que no entiendo es una cosa. ¿Cómo sabe usted que esa chica vestía de luto?

Mostré el periódico.

—Aquí lo dice —indiqué.

—Se equivoca, amigo. Los dos tenemos la misma edición del mismo diario. Y ni hablar de ese detalle.

—Pues... pues no lo entiendo...

Y enrojecí. Me sentía aturdido. Hubo un momento en que no supe lo que me ocurría ni por qué demonios estaba allí.

Otro viajero que se hallaba cerca murmuró:

—Aquí, en cambio, lo dice. Yo tengo otro periódico. Sí... Da el detalle de que la chica vestía de luto. Llevaba un jersey deportivo y las medias. El resto de la ropa aún no se lo había puesto.

—¿Hay fotografías? —preguntó ávidamente el primero.

—No. ¡Qué va a haber!

Y el individuo giró sus ojos hacia mí.

—Ya sé lo que le ocurre. Usted ha leído el otro periódico —murmuró—. Pero como a esta hora uno está medio dormido, ya no se acuerda.

—Eso debe ser —susurré.

Y me levanté, porque ya estábamos en Times Square.

Mejor dicho, nos levantamos. El profesor Carter vino conmigo.

Estaba terriblemente pálido.

Mientras caminábamos por la sucia y ajada estación, en busca de la salida, susurró:

—No lo entiendo, Clive.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Incluso me ha hecho sentir un escalofrío.

—¿Pero por qué?

—¿Cómo sabía usted eso?

—Pues... pues...

La verdad fue que no supe contestarle.

Miré aturdido en torno mío, como si descendiera de otro planeta.

—Sí, me ha hecho sentir un escalofrío —dijo el profesor—. Ya sabe que yo enseño psicología en la Universidad, y he estudiado muchos casos de premonición, o sea adivinación de sucesos que uno no tenía por qué conocer. Pero ningún caso como el suyo, demonios. Porque veamos: usted salía de su habitación cuando ha venido al comedor y me ha visto.

—Así es...

—Al hotel aún no habían llegado los periódicos.

—No...

—Luego no le he dejado ni un minuto. Al pasar a retirar el coche, cada uno ha tomado el periódico que le esperaba en el buzón, pero no los hemos abierto. Y de pronto, en el ferrocarril, usted estaba enterado de cosas que no tenía por qué saber. ¿Cómo es posible?

Me miraba con suspicacia, como si yo fuera un caso clínico.

Musité:

—Le juro que no lo sé...

—Infiernos, pero eso debiera preocuparle... Todo coincide. Su aire ausente, esa sensación que a veces uno tiene de que piensa con un cerebro que no es el suyo... ¡Y, además, cuando estaba en Vietnam, le operaron de un balazo en la cabeza! Creo que no debe dejar las cosas así. Hágame caso y póngase en manos de un psiquiatra.

—¿Para qué?

—Para que hurgue en su interior. A usted le pasa *algo*... Yo le daré la dirección de uno. Vamos, no lo piense más. Esta noche, cuando regrese al hotel, hablaremos.

Me dio una palmada en la espalda y se alejó hacia el Sur, porque ya debíamos separarnos.

Se le notaba preocupado. Y la verdad era que también lo estaba yo.

Por mi parte avancé desde Times Square hacia el Norte, en dirección a Central Park. La casa de seguros donde trabajaba tiene su importante sede —un enorme edificio de acero, cristal y mármol—, en la Calle 52, entre la Sexta y Séptima Avenidas. Por la mirada recelosa que me dirigió el conserje, comprendí que iba a tener conflictos.

No sé si he dicho ya que odio las obligaciones inhumanas, como ésa en que yo trabajaba.

Sólo hay que imaginar una enorme sala, de techo bajo, sin ninguna ventana. Allí todo es artificial. La temperatura, la luz, la humedad son exactamente las mismas todo el año. Uno pasa la vida como en un invernadero, como en un planeta diferente. Las mesas están separadas con arreglo a un cálculo científico, de modo que la voz humana no pueda llegar de unas a otras. Y así uno, cuando se sienta, queda rigurosamente aislado, metido en una especie de pozo donde no se oye más que el

run-run

de las máquinas de calcular. Y uno pasa horas y horas a solas con sus propios pensamientos.

Hasta las chicas habían perdido su coquetería allí. Se habían convertido en máquinas silenciosas y eficientes. Llevaban la falda a

la altura que decidían sus jefes y hacían los gestos que decidían sus jefes.

Además, las conocíamos tanto que ya no nos resultaban atractivas. Sabíamos la que tenía malas digestiones y la que no. Conocíamos las horas en que cada una de ellas iba al lavabo. Las llamadas telefónicas estaban controladas, pero conocíamos los trucos que cada una empleaba para comunicarse con el exterior.

Avancé por aquel mar de mesas grises, de máquinas calculadoras y de rostros absortos para llegar a mi mesa.

Pulsé el botón rojo que indicaba que ya estaba allí, y que encendía un tablero con mi nombre en la estación de control.

Sobre la mesa había mi máquina calculadora y un pequeño teletipo por el cual me llegaban los cálculos y el trabajo que debía efectuar. Lo oí repiquetear a mi lado. La cuartilla puesta en el carro recogió un mensaje:

«Señor Clive Barton, sección de Cálculo de Costos. Última advertencia. Si incurre en una nueva falta de puntualidad durante el actual trimestre será severamente sancionado. Por lo pronto ya han sido dadas órdenes para que se le descuente el porcentaje correspondiente en la paga voluntaria que concede la compañía. A continuación tome nota de su trabajo...».

Tomé nota.

Eran los cálculos de todos los días, los malditos cálculos sin más diferencia que los nombres (unos asegurados se llamaban Perry, otros Ferguson y otros lo que sea), y sin más emoción que tratar de adivinar las veces que el apellido Smith me saldría en una misma mañana.

Creo que estuve así una hora. Tal vez, dos. En todo caso, me es imposible decir cuánto.

Y entonces fue cuando recordé lo de aquella muchacha, entonces fue cuando volvió a mi memoria lo de Katty Lane.

Me puse en pie y caminé como un fantasma, como un autómata, hacia la salida.

Mis compañeros me llamaron cuchicheando, sorprendidos por aquel gesto, por aquel abandono del trabajo.

—¡Eh, Barton! ¿Pero qué te pasa? ¿A dónde vas, Barton?

Sin embargo, yo no les hacía caso.

Creo que ni siquiera les oía.

CAPÍTULO II

La chica vivía al otro lado del río, en Nueva Jersey. Crucé el río por el Lincoln Tunnel y salí del Estado de Nueva York para dirigirme al Estado vecino. Había poca circulación a aquella hora. Llegué a mi destino unos cincuenta minutos después, tras haber alquilado un coche en la Octava Avenida.

Era un «Pontiac» azul último modelo, de los que yo no llegaría a tener en propiedad nunca. Lo detuve en la calle arenosa y tranquila donde no había más que viejos chalets. El rótulo, a la entrada, indicaba el nombre del lugar: Calle de las Acacias.

Parecía como si uno estuviera infinitamente lejos de la ajetreada Nueva York.

La ventaja de las pequeñas poblaciones que circundan la metrópoli es ésta: en poco rato, uno puede tener la sensación de que vive en pleno campo, y no en la gran selva de acero, donde todo es artificial.

Encendí un cigarrillo.

Y avancé hacia la casa marcada con el número ocho, donde ya había estado otras veces. Era un edificio discreto, color ladrillo. Tenía dos puertas: una anterior y otra posterior. Había quien entraba y salía preferiblemente por la segunda.

¿He dicho ya que aquél era un sitio discreto?

Bueno, pues lo repito.

Necesitaba serlo. Necesitaba ser uno de esos edificios que tienen dos puertas.

Llamé a la principal. Me abrió una mujer de media edad, que llevaba una bata de seda china. Debió haber sido bonita en su juventud. Ahora, de ella sólo quedaba una picardía innata y un cierto «saber ponerse» ante las miradas de los hombres.

No me reconoció.

—¿Quién es usted?

Capté aquel perfume especial de la casa cerrada, perfume perverso a mujer, a cortinas espesas, a alfombras sobre las cuales se deslizaban los tacones de las hembras.

—Buscaba a Katty Lane —dije.

—Ah, Katty...

La mujer de la bata china pareció desencantada. Con un gesto inexpresivo, me dijo:

—Ahora lo recuerdo. Usted estuvo alguna vez aquí... ¿No era un repatriado de Vietnam, al que habían operado de una herida en la cabeza?

—Sí.

—Bueno, pase.

Entré en el salón. Era acogedor e íntimo, pero recargado. Algunos detalles de él, como, por ejemplo, aquellos cuadros pasados de moda, me ponían enfermo. La mujer se sentó frente a mí.

—Le presentaré a alguna otra chica —ofreció.

—No. Yo quería ver a Katty Lane.

—Pero si es igual...

—Por favor, no.

—Hay una que se le parece.

No contesté.

Ella me miró con una mueca de desencanto, como si pensara: «Pero al fin y al cabo, ¿qué se ha creído este tío?».

—Cada vez es más difícil este negocio —suspiró—. En fin, si quiere ver a Katty Lane tendrá que aguantarse. La han llamado hace apenas una hora.

—¿Quién?

—Naturalmente, no puedo decírselo.

No soy rico, y menos trabajando en la casa donde trabajo ahora. Pero hice unos pequeños ahorros en Vietnam. De modo que pude largar a la mujer un billete de veinte dólares.

—No lo sé —dijo.

Le largué otro igual.

—Llegue a los cincuenta —sugirió.

Llegué, y entonces ella cambió de actitud. Se puso en pie y me ofreció una copa.

—Naturalmente —susurró—, usted no querrá buscar jaleos, ¿verdad? Hundiría mi negocio.

—No quiero buscar jaleos, claro que no.

—Las chicas con las que trato ganan dinero y, además, son consideradas honradas. Es una ventaja, ¿no?

Trataba de demostrarme que era algo así como una benefactora de la Humanidad, como un hada madrina para chicas inocentes y puras que de otro modo hubieran caído en el fango.

Chasqueé dos dedos.

—Nunca le buscaré líos —prometí.

—Está bien. Si lo que quiere es esperar a Katty cuando salga, vaya al «castillo». La han llamado desde allí.

—Pero si en el «castillo» no vive nadie...

—Ahora debe tener un dueño. Oí decir que estaban en trámites para comprarlo.

—De acuerdo, señora; gracias.

Me puse en pie.

—Y nada de jaleos —me advirtió—. A su manera, Katty Lane es una chica honrada.

—Lo sé.

Cuando tomé el coche de nuevo y rodé hacia el final de la calle de las Acacias, me pareció de nuevo estar viviendo un sueño.

No me había acercado por allí en seis meses. ¿Qué me llevó a Katty Lane las primeras veces, hasta entrar en el ambiente de aquella casa, que por otra parte me repelía? Quizá fue el saber que había sido enfermera en Vietnam. Quizá fue el saber que, después de llegar de allí, ya no creía en nada. En realidad, Katty Lane merecía compasión, no otra cosa. Habíamos dado largos paseos por aquella misma calle, hablando de nuestras cosas. Las relaciones que tuvimos habían sido las que la gente suponía sólo al principio; luego nos convertimos en dos amigos que sólo se daban un beso de vez en cuando.

Y había oído hablar del «castillo», naturalmente.

Uno necesitaba desviarse del camino que lleva hacia Newark, el importante centro industrial. Ha de rodar hacia la derecha, por una senda empinada y arenosa. Al final está el «castillo». Y le prometo a cualquiera que causa impresión verlo.

No sé quién demonios lo construyó. No se trata de un castillo, claro, sino de una vieja y solemne casa pintada de negro, que además tiene una pequeña torre. El nombrecito le viene de ahí. Lo

menos llevaba diez años abandonada cuando yo conocí todos aquellos parajes, pero ahora, por lo visto, tenía un dueño, y ese dueño era aficionado a las chicas llenitas y dóciles, como Katty Lane.

Habría que averiguar.

Detuvo el coche cuando estaba a unas cien yardas.

¡Demonios, qué sensación tan extraña!

¿Por qué me parecía haber estado antes allí? La verdad era que nunca me había acercado a cien yardas, que yo recordase. Bueno... ¿y si lo había hecho y ya no me acordaba? Resultaba absurdo, pero ya empezaba a creer en cualquier posibilidad. El caso fue que dejé el coche a un lado del camino arenoso y seguí a pie.

Sin haberlos visto de cerca me parecía reconocer todos y cada uno de los detalles de la casa.

Aquel mascarón de proa, procedente de un viejo barco, que adornaba el porche. Aquel banco ya deslucido, y donde los antiguos dueños debieron tomar el sol. La ventana que hacía «tlac, tlac» a impulsos del viento, y que era justamente la tercera de la izquierda.

¿Por qué sabía yo todo eso?

Bruscamente sentí miedo.

Iba a dar media vuelta, para volver al coche, y entonces, algo me detuvo. Mis piernas se negaron a obedecer.

Pensé que tal vez había visto algo en la casa, algo que me retenía.

Pero no, no había visto nada. Las ventanas seguían estando silenciosas y vacías. Había una excepción: la que continuaba con su monótono «tlac, tlac». Daba la sensación de que la casa no había sido habitada en varios lustros.

Pues, entonces, ¿qué era lo que me detenía? ¿Qué me pasaba?

Pronto lo comprendí, o lo intuí, mejor dicho.

Era algo que estaba en el aire.

Como una voz, por ejemplo. O como un conjunto de ondas electromagnéticas. Pero era algo que implacable y silenciosamente me ordenaba avanzar.

Seguí hacia la casa.

CAPÍTULO III

Cualquiera que conozca las construcciones de las pequeñas ciudades norteamericanas, sabrá que suelen ser alegres y de colores claros. La gente ama la luz, los espacios libres. Por eso resultaba más sorprendente aquel edificio pintado completamente de negro, y que parecía haber sido construido con maderas de viejos ataúdes.

Puse los pies en el porche.

La puerta se abrió con un chirrido, sin que yo la empujase, sin que llamase siquiera.

Dentro se oía como un sonido monocorde, como una gran máquina que aspirase aire y lo expulsara poco a poco.

O como un gigantesco corazón que latiera y aspirara y expulsara sangre.

El caso era que en la casa había eso: un latido. No comprendía lo que era.

Pero entré en ella, mientras respiraba el aire quieto. Una fuerza ajena parecía seguir dominándome y me hacía ir en determinada dirección. O quizá era aquel sonido extraño. No sabría decirlo.

El caso era que una voz lejana parecía irme diciendo: «¡Ven! ¡Ven! ¡Ven! ¡Veeen!».

Era algo más fuerte que mi voluntad, más fuerte que yo mismo.

Penetré en la segunda habitación.

Estaba vacía, a no contarse un viejo diván rojo, ya despeluchado, y una silla volcada. En los rincones había telarañas. Las cortinas de las ventanas no eran más que pingajos.

En aquella habitación nacían unas escaleras de peldaños de madera que llevaban hasta el piso superior.

Allí imperaba la penumbra.

En ese lugar no sólo me parecía sentir más que nunca la voz, sino que veía claramente una iluminación difusa, un resplandor que llegaba de arriba. Se encendía y se apagaba como siguiendo los

latidos de un corazón. Y cada vez que se encendía, la voz parecía resonar más y más fuerte en mi cráneo.

«Ven...».

Empecé a ascender por aquellas escaleras. La iluminación se iba haciendo más y más fuerte conforme ganaba peldaños.

Y entonces lo vi.

Estaba al final de la escalera, en el interior de una habitación cuya puerta se encontraba abierta. Era como una pesadilla, como una visión del más allá.

Se trataba de un cerebro gigantesco, un cerebro enorme, que parecía llenar la habitación entera.

Espero que cuántos lean estas páginas hayan podido ver al natural, o al menos dibujado con detalle, un cerebro humano.

Sólo así podrán hacerse idea de lo que yo veía entonces.

Distinguía la prolongación del bulbo raquídeo, las arterias meninges, las circunvoluciones que parecían hendir y moldear aquella masa blancuzca e informe. Y digo informe porque su colosal tamaño la convertía en algo monstruoso. Además, en su interior, algo se encendía y se apagaba. Era el resplandor inexplicable y siniestro que me había llamado la atención desde que llegué a la puerta.

El resplandor que parecía atraerme.

Era como esas luces, como esos cristales que emplean los hipnotizadores para mantener fija la atención del sujeto e impedirle pensar en otra cosa.

Yo estaba petrificado.

No era yo mismo el que se movía. No era mi voluntad la que dirigía mis músculos.

Me faltaban unos pocos peldaños para llegar a la habitación.

Yo sabía que el cerebro quería que me acercase más, que llegara a fundirme con él.

Era monstruoso. Ése sólo pensamiento me infundía una especie de terrible náusea.

Pero no podía evitarlo, y seguía avanzando poco a poco. Mis ojos no se fijaban en nada más. Mis pulmones ya ni siquiera respiraban aquel aire fétido que parecía llenar la casa.

Y de pronto sentí aquel pinchazo terrible en el fondo de mi cerebro, aquel pinchazo que me volvía loco.

Me llevé las manos a las sienes, mientras lanzaba un grito de dolor horrible.

Y caí escaleras abajo.

CAPÍTULO IV

Cuando recobré el sentido no debía estar solo, porque escuchaba voces en torno mío. Y no eran voces de ultratumba, sino perfectamente normales. Voces rudas, además, como las que suelen tener los patrulleros.

Noté que estaba tendido en el suelo.

Muy cerca de mi cabeza rechinaban las botas de cuero reglamentarias; de los agentes. Adiviné que estaba rodeado de policías por aquel sonido peculiar. Y luego se concretaron las voces.

—Mira, ya se recupera.

—¿Y si le echamos más agua?

—Déjalo; ya está.

Parpadeé.

En efecto, me habían echado agua. Estaba mojado. Traté de frotarme los ojos y sentí una arcada en el estómago.

Alguien se puso en cuclillas junto a mí.

—¡Eh, Clive! ¡Clive Barton!

Miré. Un sargento con el uniforme de la policía de Nueva Jersey me contemplaba con ojos sanguinolentos. Parecía odiar en ese momento los reglamentos y las órdenes que le impedían saltar sobre mí.

—¿Cómo sabe mi nombre? —Logré balbucir.

—¡Tengo tu cartera, idiota!

—¿Qué me han hecho?

—Dirás mejor qué es lo que has hecho.

No lo entendía.

Me volví a pasar una mano por la boca.

—Oiga, sargento...

—¿Quieres hacerme un favor, idiota? —me gritó, muy cerca, echándome saliva a la cara.

—Pues... pues claro...

—Mira hacia arriba.

Miré.

Y todos mis músculos sufrieron una sacudida, como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

Es curioso, pero lo primero que se me ocurrió pensar fue que el fulano que aquella mañana había conocido en el ferrocarril estaría muy divertido con aquello. No se veían, desde mi postura, los detalles trágicos de Katty, y sí se veían, en cambio, los que —por decirlo de algún modo—, vamos a llamar detalles seductores. Y Katty era tan bonita que tardé en darme cuenta de la sórdida realidad.

Incluso, al principio, me pareció imposible aquello.

¿Cómo estaba ella suspendida en el aire? ¿Por qué parecía flotar ante mis ojos?

Sólo al cabo de un largo minuto, como si yo hubiera perdido la facultad de pensar, me di cuenta de que estaba colgada.

La habían ahorcado. Pendía lúgubrementemente de una de las lámparas del techo.

Los policías, durante todo ese tiempo, me habían estado mirando fijamente.

Los contemplé a mi vez, asombrado. Eran al menos seis y formaban un círculo en torno mío. En sus caras había esas miradas que yo había visto en las películas, y que son, al fin y al cabo, un fiel trasunto de la realidad. Me contemplaban como a un perro asesino, con el que hubieran empezado a dentelladas inmediatamente, de no prohibirlo los malditos reglamentos.

Lo único que pude decir fue:

—No...

El sargento saltó sobre mí y me zarandeó brutalmente.

—¡Sí, sí y sí! ¡Sí, condenado perro! ¡Tú has matado a esa chica! ¡Tú la has ahorcado, tú has acabado con ella! Un maníaco, ¿eh? ¿Sabes qué clase de pena hay para estos delitos? ¿No te lo han dicho nunca, buitre?

Intenté salir de allí.

Me dolía horriblemente la cabeza y quise llegar hasta la puerta, sin darme cuenta de que estaba rodeado de policías.

Esto les dio pretexto para sentarme la mano.

Fue entonces cuando me sacaron de allí.

Fuera aguardaban dos coches patrulleros, con otros dos policías de guardia. Me metieron en uno de ellos y arrancamos.

Pasamos delante del «Pontiac» que yo había alquilado. Me di entonces cuenta de que se hallaba muy cerca de una señal que prohibía estacionarse a todo lo largo del camino, seguramente porque era estrecho y se limitaba el paso a los demás.

Aquéel había sido mi error.

Seguro que el patrullero, pasando por allí por casualidad, había sido alertado a causa del estacionamiento prohibido.

—... Y empezamos a buscarte —dijo el sargento, como si hubiera seguido el hilo de mis ideas—. No había cerca nada más que esa casa abandonada, y pensando que podías estar robando, nos acercamos allí. Pero nada de robos. Lo que hacías era otra cosa. Ya, ya...

No tuve fuerzas ni para contestar.

Un aluvión de pensamientos me atormentaba, hacía que me zumbaran horriblemente las sienes.

Al fin susurré:

—Dios santo...

Era una tragedia sin sentido, era algo que mar caría mi vida para siempre. Incluso se me aparecía ahora como muy posible lo que una hora antes me hubiese parecido ridículo, a mí, modesto empleado de una compañía de seguros, que desde que le licenciaron de Vietnam nunca se había metido con nadie podía ir perfectamente a la cámara de la muerte de Sing-Sing.

El patrullero ganaba velocidad. Hacía sonar sus sirenas, no respetaba las luces rojas, adelantaba por la derecha y saltaba los cruces como una liebre, provocando más de un frenazo y haciendo que a más de un conductor se le pusieran las gafas en la calva.

Comprendí que me llevaban a Newark.

Hay allí un centro policíaco de primer orden, porque Newark se ha transformado en los últimos años en una especie de Babel. Me metieron en un despacho subterráneo y me dejaron allí, sentado en una butaca rotatoria. Durante media hora no vi a nadie, pero yo adivinaba que me estaban contemplando a través de mirillas que no podía distinguir. Sin duda, esperaban que «madurase». Y habían transcurrido ya unos treinta y cinco minutos cuando una verdadera

tropa de policías entró en el despacho.

Un comisario gordo, a quien yo había visto fotografiado en los periódicos más de una vez, se sentó al otro lado de la mesa.

Mientras los demás me interrogaban, él me observaba. Fue un interrogatorio pesado y exhaustivo: que si lugar de nacimiento, que si profesión de los padres, que si mis estudios, que si a qué edad había conocido por primera vez íntimamente a una mujer, que si lo del Vietnam, que si mi oficio y mis aficiones actuales, especialmente en lo que se refería a contactos con el otro sexo.

Las sienes me zumbaban cada vez más. Se acentuaba el dolor de cabeza.

Entonces, cuando yo tenía la sensación de que aquello había terminado por fin, empezó el interrogatorio en serio. ¿De qué conocía yo a la difunta Katty Lane? Les dije la verdad: que hicimos amistad por el hecho de que ella fue enfermera en Vietnam. No me importaba que fuera una *call-girl*, una de esas chicas complacientes que salen con un hombre cuando éste las llama por teléfono. Nuestra amistad, aunque pareciera mentira, tuvo algo de espiritual. Me di cuenta de que me creían pero dando otro giro al asunto. Es decir, pensaban que yo la había matado por celos, a causa de saber que iba con otros hombres.

Por fin hicieron entrar a la mujer de la calle de las Acacias. Al verme empezó a insultarme, a llamarme cerdo y no sé cuántas cosas más. Puso en duda que yo fuera de verdad un hombre. Aseguró que iba a hundirle su negocio; que con tipejos como yo, ni siquiera en esa clase de honrada industria que ella cultivaba se podía trabajar.

El comisario dio un puñetazo sobre la mesa.

—Bueno, ¿era ése el tipo o no?

—¡Pues claro! ¿O es que no oye todo lo que le digo?

—¡Todo lo que tú dices no puedo reproducirlo en el acta! ¡Sólo quiero saber si ese tipo fue el que entró en tu casa preguntando por Katty Lane! ¡Dime sí o no!

—¡Sí!

—¿Y tú qué le dijiste?

—Pues muy sencillo. Que a Katty la habían llamado desde el castillo por teléfono.

—¿Un hombre?

—¿Y quién quería que fuese? ¿Una señorita?

—¿Pudo ser él mismo el que llamó, para convencerse de que Katty Lane iría a aquel sitio solitario?

—Pues... pues...

Ella sabía que aquella respuesta era muy importante, y yo lo sabía también. La miré a los ojos. Pero no vaciló al decir:

—Sí, pudo ser él.

—Y mientras Katty iba al castillo, él se dirigió a tu casa para preguntar por ella y así fingir que nada sabía de la llamada telefónica, ¿verdad?

—Así es —dijo la muy zorra.

—Bueno, firma aquí.

Ella firmó en la hoja de papel mecanografiado que le tendían. Ni siquiera leyó la declaración.

—Ahora lárgate. Y mucho cuidado con tu casa, porque vamos a vigilarla. Al menor descuido te desterramos de la ciudad.

—Más de uno de sus agentes lo lamentaría —rezongó ella, al salir.

Luego hicieron entrar a otra persona.

Era un tipejo al que no había visto nunca.

Por la índole de las preguntas que le hicieron, adiviné que se trataba del dueño o del inquilino del lugar donde habían hallado a la primera muerta, la muchachita succulenta vestida de luto de que hablaban los periódicos aquella mañana. El tipejo me miró de arriba abajo, de flanco, de abajo arriba. Al fin hizo un gesto negativo.

—No, a éste no le he visto en mi vida.

«Menos mal...», pensé.

Porque cualquier cosa me parecía ya posible, porque ya empezaba a creer que yo era un hombre con dos vidas.

Al fin me dejaron solo.

Bueno, sólo con el comisario y con todos aquellos pájaros uniformados. El comisario me soltó no sé qué de que podía nombrar un abogado a partir de aquel momento. Me hizo firmar un acta para acreditar que me había advertido eso. Más tarde supe que el detalle era importante, porque no tendría valor nada de lo que me preguntasen sin estar delante mi abogado, a no ser que yo renunciara a él. Pero como renuncié (no conocía entonces, en Nueva York, a más abogados que los de la compañía de seguros, los

cuales tenían otras especialidades distintas de la criminal), empezaron a interrogarme.

—Bueno, ya puedes imaginar de qué se te acusa. Ahora di lo que quieras. Suéltanos tu versión de lo sucedido, cariño.

Comprendí que tenía que hablar. Que nada ganaría encerrándome en el silencio.

Y les dije la verdad. Les dije lo único que sabía. Empecé hablando de mi trabajo y del modo como lo había abandonado aquella mañana. El comisario descolgó el teléfono, marcó el número de la compañía, que le di yo mismo, y habló con el jefe de mi sección. Después de eso pareció convencerse de que al menos mi versión de esa parte correspondía a la realidad.

Clavó de nuevo sus ojos en mí.

—Sigue.

Le hablé entonces de mi necesidad de ver a Katty Lane, para hablar con ella. Me preguntó si ese deseo podía haber sido motivado por la noticia del periódico con el descubrimiento de una muchacha muerta. Admití que sí, que podía ser, y ese dato le debió parecer muy importante, ya que lo hizo anotar con sumo cuidado.

—Muy bien. Ya te tenemos en la calle de las Acacias. Tú conocías bien el lugar, ¿eh?

—Sólo a causa de Katty Lane.

—Sí, ya nos ha dicho aquella zorra que no querías ver a nadie más. Muy bien, continúa. Llamaste a la puerta. ¿Y qué?

Le narré la conversación, que no pareció importarle mucho porque ya estaba corroborada tras las declaraciones de la dueña de la casa. Puso, en cambio, el mayor interés cuando le hablé de mi llegada a la casa que por la zona se conocía como «el castillo».

—A ver... Explica desde el momento en que aparcaste mal el coche. ¿No viste la Señal?

—No.

—Entonces, ¿estabas obsesionado por otro pensamiento?

—Tal vez.

—¿El de matar a la chica porque sabías que había hecho amistad con otros hombres?

Me llevé las manos a los ojos.

—¡No, no y no!... ¡Maldita sea! ¡Nooo!...

Me dejó calmarme. Luego me preguntó si quería tomar un trago.

Me negué en firme.

Había perdido ya la noción del tiempo.

Tenía la sensación de que llevaba días enteros en aquella maldita comisaría.

Y, en efecto, debía llevar bastantes horas, porque la luz que entraba por la única ventana situada a nivel del suelo, era ya violácea, anunciando el crepúsculo.

El comisario me señaló con el dedo.

—Muy bien. Sigue.

Tragué saliva.

¿Qué iba a decirle? ¿No era increíble la verdad? ¿Pero de qué otra cosa podía hablarle?

Y lo solté todo. La puerta que se abrió sola; el extraño sonido como si un corazón enorme latiera en la casa; el brillo que había visto en las escaleras; el cerebro enorme, que había distinguido con mis propios ojos; aquella masa encefálica que se iluminaba y se oscurecía, atrayéndome de un modo irresistible; el dolor, en fin, que me había hecho perder el conocimiento.

Noté que el comisario me miraba con el mayor interés.

Un cambio sutil y casi imperceptible se había operado en él.

Ahora ya no le inspiraba asco ni odio; ahora más bien me tenía lástima.

Evidentemente, yo era un loco.

Descolgó el teléfono y pronunció un solo nombre. Al cabo de unos instantes se presentó otro sargento, con más cara de bestia que el que yo había conocido en el castillo. Me sujetó por el cuello de la americana, tratándome como si yo fuera un alfeñique, cosa que está muy lejos de ser verdad. Yo me dejé sacar fuera.

Al fin y al cabo, era un alivio respirar aire puro otra vez.

Me metieron de nuevo en un patrullero y salimos de Newark. Noté que iban a llevarme al otro lado del Hudson, al Estado de Nueva York, a pesar de que el crimen por el que me acusaban había sido cometido en el de Nueva Jersey y a pesar de que no era de ningún modo un delito federal. Eso sólo tenía una explicación: querían hacerme examinar en una clínica psiquiátrica de absoluta garantía. Es decir, me consideraban un loco.

Yo cerré los ojos.

Reuní todas mis fuerzas para el momento que sabía que tenía

que llegar.

Los hospitales y las clínicas psiquiátricas son el ideal para los que quieren fugarse. Algunos delincuentes se cortan las venas solo para que los lleven al hospital, de donde esperan largarse con más facilidad. Yo supe que iba a tener una oportunidad sin habérmelo propuesto, y decidí aprovecharla.

Al principio las precauciones fueron enormes. Me metieron en una sala muy bien vigilada y me hicieron una serie de pruebas simplemente médicas, como examen del corazón y pulmones, presión sanguínea, etcétera... Al parecer, para el psiquiatra me dejaban más tarde.

Yo ya había observado la distribución de los pasillos.

Y me había dado cuenta de que allí se daba una circunstancia muy favorable para mí: junto a la puerta de los excusados había una gran ventana que daba al patio. No sería demasiado difícil saltar sobre ella y romperla con el peso de mi cuerpo.

Al policía que me estaba vigilando le pregunté:

—¿Por qué no me acompaña?

—¿A dónde?

—Hombre... Hace horas y horas que no me dejan tranquilo.

—Está bien. Vamos.

Salimos de la sala y nos dirigimos a la puerta de los servicios. El «poli» iba detrás de mí, con la mano sobre la culata. No se fiaba ni un pelo. Incluso había contenido la respiración.

Pero yo estaba entrenado para aquella clase de situaciones. En Vietnam me habían preparado para actuar en comandos. Un hombre a mi espalda, aunque estuviera armado, no era obstáculo para mí.

Largué hacia atrás la derecha con una precisión y una fuerza terribles, como un potro que lanza una coz.

Alcancé de lleno el bajo vientre del policía, como me había propuesto. Se encogió a causa del dolor y durante unos segundos no se acordó del revólver, pero en cambio debió acordarse de mi padre.

Yo no necesité ni la mitad de ese tiempo para girar sobre el pie izquierdo, que seguía teniendo apoyado en el suelo, y largarle un fulminante golpe de karate que debió hacerle temblar la cabeza entera. El agente no supo ni lo que pasaba. Vaciló sobre sus rodillas

y se arrugó en un momento, cayendo a tierra.

Pero alguien nos había visto en el pasillo, que no estaba vacío ni mucho menos. Había allí médicos, enfermeras y hasta algún paciente. Sonaron gritos en todas partes.

No perdí ni un instante.

Me arrojé hacia la ventana, como tema previsto, rompiéndola con el peso de mi cuerpo.

Salté al vacío desde dos pisos de altura.

También estaba entrenado para aquello, de modo que di una vuelta completa en el aire y caí de pies. Me parecía que los gritos sonaban ahora en todo el edificio.

La playa de estacionamiento se hallaba cerca, detrás de unos setos. Salté sobre ellos y me dirigí hacia el coche que necesitara menos maniobras para desaparecer. Como todos tenían la llave de contacto puesta, pude elegir. Desfrené uno de los vehículos, poniéndolo en punto muerto para que se cruzara en el camino, cortando el paso a los que me siguieran, y cuando las ruedas de ese coche empezaban ya a girar movidas por la inercia, yo arranqué al volante de un magnífico «Ford Cobra», capaz de dejar atrás a cualquier patrullero de la policía. Di gas a fondo porque unas cuantas balas silbaban ya sobre los setos, a los que en parte debía el seguir vivo. Al ocultarme, impedía afinar la puntería a los polizontes que me tiroteaban desde las ventanas.

Apenas unos minutos después, estaba ya muy lejos de la clínica psiquiátrica.

Pero un «Ford Cobra» es muy fácil de distinguir, y por eso tuve que cambiar de coche. Me introduje en la playa de estacionamiento de una fábrica donde había más de quinientos vehículos. Un guardián los vigilaba desde muy lejos. Estacioné el «Cobra» y me llevé un apacible «Mercury» familiar, con el que salí sin llamar la atención de nadie.

Una hora después me hallaba fuera del Estado de Nueva York, en el de Connecticut. Había rodado hacia el Norte a buena velocidad, pasando sin dificultades dos barreras de la policía. Una vez en un Estado distinto, me sentí más tranquilo.

Rodé por un camino vecinal, entre colinas, hasta llegar a una destartalada casa de madera. Aquél debió ser en otro tiempo un rincón hermoso, pero ahora daba pena.

Sabía que nadie iba a encontrarme allí.

Forcé la cerradura, cosa que no era difícil, y me introduje en el interior. Los muebles estaban cubiertos de polvo. Había una estantería con libros que no habían sido tocados en mucho tiempo. Las paredes estaban cubiertas de dibujos, todos los cuales tenían la misma firma: «Flanagan».

Me entretuve mirándolos. Me sentía bien allí, y sobre todo, seguro. Nadie iba a importunarme. Podría descansar unas horas, hasta tomar una decisión.

Mi cuerpo cayó como un fardo sobre el único diván. Estaba terriblemente cansado. Cerré los ojos y apagué la luz de un modo maquinal. Deseaba olvidarme de todo, olvidarme hasta de mi propio nombre.

Y deseaba, sobre todo, que nadie se acordara de mí.

No sé cuánto tiempo transcurrió así. No sé si llegué a dormir unas horas.

Pero me sentía tranquilo. Me sentía bien por primera vez en mucho tiempo.

Hasta que aquella tranquilidad acabó.

Acabó exactamente cuando en mi sien derecha se clavó el cañón de una pistola.

CAPÍTULO V

Apenas abrí los ojos.

Sabía que estaba atrapado y que no valía la pena luchar. ¿Qué puede hacer un hombre cuando le clavan un cañón en la sien? Me limité a pedir, con un soplo de voz:

—No dispare.

Curiosamente me pareció que mi voz se reproducía.

Como si hubiera un eco.

—No dispare...

Abrí del todo los ojos.

Y vi entonces que era otro hombre el que también había hablado. Acababa de decir exactamente lo mismo que yo. Era un tipo que vestía bata blanca y al que yo recordaba vagamente.

Hasta que mis recuerdos se concretaron. Hasta que me di cuenta de que era uno de los que había visto en la clínica.

Me estremecí.

Estaba atrapado como un conejo.

El que me apuntaba era un policía con el uniforme de Connecticut. Recordé vagamente que ya no estaba en Nueva Jersey ni en Nueva York. El policía parecía terriblemente nervioso.

El psiquiatra murmuró:

—Bueno, ya lo tenemos... Trátelo con cuidado.

—Con cuidado, ¿eh?

—Naturalmente que sí. Es un enfermo.

—¡Vaya enfermo! Me han dicho que por poco deja seco a un policía en Newark.

—No hay para tanto —dijo el médico—. Yo estaba delante. Se limitó a sacudírselo de encima.

—Sí, ¿verdad?

—¿Pero qué le pasa, agente?

—Nada... Nada, amigo. Sólo que usted es un médico y nadie le

va a pedir responsabilidades, mientras que yo soy un policía y sí que me las piensan pedir. Seguro que este fulano también quiere sacudirme de encima, como hizo con el de Newark. Pero conmigo no valen bromitas.

Me estaba haciendo daño en la sien con el cañón de la pistola. Prácticamente, me barrenaba la cabeza.

—Déjale —gritó el médico—. ¡Le está haciendo daño!

—¿Y qué piensa? ¿Qué hay que gastar bromitas con un tipejo así?

—¡Trátelo con humanidad!

—Bueno... —dije, suavemente—, si no aparta ese cañón, ni siquiera me dejará levantarme.

El otro lo apartó.

—Ponte en pie.

Lo hice.

—Y ahora...

Demasiado tarde adiviné la intención del policía. Vi que no tenía posibilidad de cubrirme. Y vi también que pensaba atravesarme una pierna con una bala; lo leí en sus ojos.

El médico también lo adivinó. Casi saltó sobre él.

—¿Pero qué va a hacer?

—Asegurarme.

—¿Atravesándole una pierna?

—¿Y qué quiere que haga? ¿Darle caramelos? ¡Y un cuerno! ¡Este tipo es peligroso, y en cuanto le atraviere, una pierna ya no pensará en fugarse nunca más! ¡No se va a morir por eso! ¡Déjeme en paz!

Y apuntó cuidadosamente un poco por encima de mi rodilla.

Yo estaba asombrado. Sabía que un policía nervioso es peligrosísimo, y sabía también que algunas veces se había empleado el sistema del balazo en la pierna para evitar fugas. Pero lo que nunca creí fue que eso me ocurriera a mí.

El médico tampoco parecía creerlo.

En sus ojos se leía la expresión estupefacta del hombre de buena fe que no puede imaginar que delante de él ocurran esas cosas.

—¡Nooo! —gritó.

Y saltó por la espalda sobre el policía. Lo único que hizo fue sujetarle, inmovilizándole los brazos.

El agente bramó:

—¡Maldito perro!...

Pero yo no me estuve quieto. Era mi oportunidad. Tenía delante, inmovilizado, al hombre a través del cual podía ir a la silla eléctrica.

Descargué con toda mi fuerza el puño derecho.

Nada tan fácil como cazar bien a un hombre al que sujetan delante de uno. Siempre he tenido buenos puños, y ahora lo demostré. El impacto fue brutal. La cabeza del policía pareció salir despedida hacia atrás, y el K. O., fue fulminante.

El médico me miraba asombrado.

Parecía darse cuenta ahora de que prácticamente estaba ayudando a escapar a un asesino.

Soltó al policía, mientras yo sujetaba la pistola reglamentaria.

Balbució:

—Nooo...

Miré la pistola, y de repente aquel arma me dio asco. La dejé caer encima del diván donde me había quedado dormido.

—No voy a tratar de huir —dije—. Sólo quería evitar que ese fulano acabara atravesándome la pierna. Le doy las gracias, doctor.

—¿No... va a huir?

—No. Lléveme a la comisaría más próxima.

El médico suspiró con alivio.

De repente parecí inspirarle tanta confianza que incluso me volvió la espalda.

Se inclinó sobre el policía y le examinó la mandíbula, cerciorándose de que no iba a ocurrir nada especial.

—Ha sido un K. O. de los que ya no se ven —murmuró—. Pero se recuperará dentro de unos minutos.

—Debiéramos aprovecharnos para unos —sugerí.

—Cierto. Cuando ese tipo se despierte estará más nervioso aún.

Salimos de la casa. Vi a la puerta, con los faros apagados, un coche que no era de la policía. Se trataba de un «Dodge» como los que en muchos lugares emplean los taxistas.

—¿No es un patrullero? —murmuré.

—No. No podía serlo.

—¿Por qué?

—Ha habido una movilización general en su busca, por todos los

estados vecinos. No queda ni un patrullero por emplear. Todos llevan fotografías suyas y sus datos muy exactos. Pero en la clínica de donde había huido tuvimos una idea. Mejor dicho, la tuve yo, y luego los demás la compartieron: ¿Por qué no desplegarlos también todos los que le habíamos visto huir? Además, usted necesitaba enseguida un médico. La presencia de uno de nosotros era una garantía.

—¿Para qué?

—Para que se tranquilizara. Un enfermo como usted necesita más palabras que balazos. ¿No se siente mejor, al saber que puede confiar en mí? ¿Al convencerse de que yo no le voy a hacer ningún daño?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Confieso que sí.

Él abrió la portezuela del «Dodge».

—Bueno, a lo que iba... Algunos de nosotros pusimos nuestros propios coches al servicio de la policía. Rodaríamos toda la noche, buscando por un sitio y otro, acompañados de un agente. Y yo he tenido la suerte de encontrarle.

Sonreí.

—¿Cómo ha llegado a esta casa?

—Porque he leído su historial.

—¿Qué cuerno significa eso?

—Esa casa era de Flanagan, ¿no?

—Cierto... ¿Cómo lo sabe?

—Figura en su historial militar, del que ya se han distribuido numerosas copias. Flanagan y usted eran muy amigos. Estaban en el mismo pelotón, en Vietnam. Una vez usted ya pasó un permiso en esta casa, adonde su amigo se retiraba cuando le era posible, para leer y dibujar.

—También es cierto —susurré.

Resultaba increíble la rapidez con que corrían los datos sobre uno mismo, cuando a la policía le interesaba.

—Flanagan murió en Vietnam —continuó el médico, mientras se ponía al volante y giraba la llave de contacto—. La casa quedó abandonada. No era tan extraño que usted, puesto que la conocía, decidiera refugiarse en ella.

Cerré un momento los ojos.

—Es una deducción lógica —murmuré—, pero reconozcamos que no se le hubiera ocurrido a todo el mundo.

—Sólo se me ocurrió a mí.

—Le felicito. Es un éxito.

El médico pareció bastante confuso.

—Es la primera vez que me felicita un... un asesino —terminó diciendo, al fin.

—Yo no soy un asesino.

Me miró con curiosidad, aumentando la velocidad del vehículo.

—¿No lo hizo usted, Clive?

—Le juro que no.

—Pues me temo que no le crean. Cuando la policía tiene un buen sospechoso entre los dientes, no lo suelta ni siquiera para estornudar.

—Y yo, ¿qué puedo hacer?

—¿No tiene una coartada?

—¡Qué cuerno voy a tenerla! Desde que me largué de la oficina sin pedir permiso a nadie, como si una fuerza sobrenatural me empujase, la única persona con la que hablé fue la pájara de la calle de las Acacias. Y ya ve que su testimonio no sirve precisamente para aclarar las cosas.

—Sí... Reconozco que es un testigo ideal para el fiscal, no para la defensa.

—Nadie va a hacerme caso —murmuré, con desolación—. Aunque me harte de gritar, nadie va a escucharme.

—Le escucho yo.

Volví la cabeza y le miré con curiosidad. En mis labios debía haber como una mueca de despecho, pero de todos modos el individuo la resistió bien.

—Usted no ve en mí a un hombre, sino a un enfermo —dije.

—Es mi deber pensar así.

—Cree que soy un caso clínico interesante, ¿no?

—Claro que lo es.

Me fui poniendo nervioso.

—Y piensa que he sido yo quien ha cometido esos crímenes.

—No, no... El que han descrito los periódicos de la mañana no... De ése no creo que le culpe nadie. Pero pueden culparle del otro.

—Y usted es uno de los convencidos, ¿no?

—Por favor... Le ruego que crea en mí. Usted no es un criminal. Usted, en todo caso, es un enfermo.

—¿Pero por qué habría de cometer esos asesinatos? —grité, tapándome los ojos, con un gesto de desesperación—. ¡Le juro que no odiaba a Katty Lane! ¡Al contrario, casi la amaba! ¿Por qué había de desearle ningún mal? ¿Por qué yo iba a... a...?

Me callé. Era incapaz de seguir hablando.

El médico susurró:

—Usted no lo sabe, claro.

—¿Cómo he de saberlo?...

—Yo trataré de decírselo.

Volví la cabeza.

—¿Qué?... ¿Qué significa eso?

—Señor Barton —dijo, solemnemente—, voy a hacer algo que nunca hice por nadie. Quizá arruine mi carrera y termine en la cárcel, porque esto es del todo ilegal. Pero también puedo obtener un sensacional éxito científico; de modo que he resuelto correr el riesgo. Le llevaré a mi consultorio. Le trataré como a un enfermo, intentando sacarle lo que hay en su interior. Con eso conseguiremos una doble finalidad.

No contesté.

Todos mis nervios estaban en tensión, pero, pese a ello, me dejaba llevar por el tono convincente de aquel hombre.

—Conseguiremos una doble finalidad —repitió—. La primera es curarle. Si usted tiene algún secreto en su interior, si en su fondo hay otra personalidad, quizá monstruosa, que usted mismo desconoce, la sacaremos a flote. Y en cuanto la vea la despreciará y la habrá vencido. Pero, además, mi testimonio puede servirle de mucho en el juicio. Tal vez los resultados a que yo llegue le salven la cabeza.

Vacilé.

—¿Cree que... sería posible?

—¿Por qué piensa que le llevó la policía a aquella clínica?

—Querían hurgar dentro de mi cabeza, ¿no?

—Hasta el fondo.

—Y ahora usted piensa hacer lo mismo. Pero con la vista fija en ayudarme, ¿verdad?

—Eso es.

Y preguntó, con voz tímida:

—¿Acepta?

—Nunca me ha dado nadie una oportunidad tan clara —susurré—. Es usted el que se perjudica, no yo. Por mi parte ya estoy con el fango hasta el cuello, de modo que poco me importa.

—No me considere un altruista. Persigo un fin científico que me puede dar fama. Sólo por eso lo hago; de modo que no me dé las gracias.

Cerré un momento los ojos. Volvía a acometerme aquel terrible, aquel abrumador cansancio.

Y me zumbaban las sienes.

Pensé que sería delicioso estar tendido en un diván, en paz, contestando a preguntas que al parecer no tenían sentido.

—Muy bien —dije—. Acepto... Pero no trate de engañarme porque lo lamentaría, doctor. Lo lamentaría en el momento de morir.

Él no contestó.

E hizo girar el «Dodge» por un camino secundario, seguramente para evitar los controles de la policía.

CAPÍTULO VI

La clínica no era lujosa, pero había en ella todo lo necesario. Estaba situada en el piso alto de un chalet de Long Island. El ambiente me recordaba al de la calle de las Acacias, pero éste era mucho más apacible. Entre chalet y chalet había enormes jardines. Desde una casa no se distinguía la otra, a causa de los árboles.

—Para una clínica mental es un sitio excelente —me dijo el médico.

Hice un gesto de asentimiento.

—¿Tiene muchos clientes?

—Sólo cuatro o cinco. Puede decirse que soy un profesional que empieza, a pesar de tener ya treinta y dos años.

—Comprendo. Pero aún no sé ni su nombre...

—Mire.

Me señaló la placa de la puerta. En ella se leía solamente: Doctor J. Perkins.

Una enfermera joven nos abrió. No debía haber leído los periódicos ni visto la televisión, porque no hizo el menor gesto de sorpresa al ponerme el ojo encima. Se limitó a decir: «Hola, doctor Perkins», y a cerrar la puerta detrás de nosotros.

Pasamos a un consultorio psiquiátrico. Había allí numerosos aparatos, desde los empleados para el encefalograma a los, mucho más brutales, empleados para el electro-*shock*. Había también un diván, que Perkins me señaló.

—Quizá quiera tomar antes una ducha. O comer algo.

—Gracias, no tengo apetito. Y en cuanto a ducharme, me he acostumbrado a hacerlo solo por las mañanas.

—¿Quiere dormir?

—No... No... Pregunte lo que le parezca.

—Tiene interés en aclarar todo esto, ¿verdad? Tanto interés como yo mismo.

Me llevé las manos a los ojos, con un gesto de terrible cansancio.

—Es cierto... A cada minuto que pasa me doy cuenta de que no puedo más... Hace sólo unas horas yo era un hombre insignificante, que sólo tenía miedo de llegar tarde a su trabajo. Era un tipo con poco dinero, de los que odian su oficina, sus jefes, sus propios compañeros. Deseaba cambiar de vida, como tanta y tanta gente en este país. Era... ¡era como todo el mundo! Y de repente me he metido en esta especie de pozo del que no puedo salir. Pero hay una cosa cierta: yo no hubiera hecho ningún daño a Katty Lane...

—Empiece por tumbarse ahí. Quítese la americana, si quiere, y póngase cómodo. Descanse...

Le obedecí. Se estaba bien en el diván, oyendo el rumor del viento más allá de la ventana. Uno tenía la sensación de que le habían aislado de un mundo hostil y áspero y que allí ningún peligro podía amenazarle.

Perkins se sentó a mi lado.

Con voz tranquila, murmuró:

—Quizá le haga algunas preguntas extrañas, pero usted procure portarse con la mayor naturalidad y contestarme lo primero que se le ocurra. Observará que muchas preguntas de las que le haré no tendrán relación unas con otras, pero no se fije en eso. Conteste siempre lo primero que se le ocurra, ¿entendido?

—Entendido.

—Muy bien, empecemos. Yo le diré una palabra, y usted contesta la primera que se le ocurra a continuación. La palabra es ésta: patíbulo.

Contesté enseguida:

—Horca.

—Horca —dijo él.

—Muerto.

—¿Ha visto alguna vez ahorcar a alguien?

—Sí, una vez.

—¿Dónde?

—En Vietnam.

—¿Por qué?

—Fui testigo obligatorio.

—¿Qué había hecho el condenado?

—Asesinar a una niña.

—¿Le hubiera gustado ver colgar a una mujer?

—No.

—¿Cómo le gustan las chicas?

—Pues...

—No le dé vergüenza. Es natural que a un hombre le gusten las mujeres, y unas más que otras. Dígalo.

—Las prefiero llenitas.

—¿En bikini?

—No. Me gustan más vestidas.

—¿No las mira en la playa?

—Me llegan a aturdir. Me dan la sensación de rebaño.

—¿Le gustan vestidas de luto, tal vez?

—Pues... pues si son jóvenes y bonitas, sí.

—¿Odia a alguna mujer?

—No, a ninguna.

El doctor Perkins iba anotando. Dejó una breve pausa para que descansara, y de pronto disparó:

—Calle.

Contesté:

—Brillante.

—¿Una calle le sugiere la idea de un brillante? —murmuró, sorprendido.

—No... Sólo de algo que brilla.

—¿Algo grande?

—Sí.

Parpadeó.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—Nunca.

—¿Cuál es su sueño preferido?

—No prefiero ninguno.

—El que tiene más veces.

—Pues... pues voy por una calle.

—¿Cómo es?

—Muy ancha.

—¿Tiene casas a ambos lados? ¿Cómo son?

—No... no las recuerdo.

—Siga.

—No tengo nada más que decir. Simplemente, voy por esa calle.

—¿Y qué hay al final?

—Algo que brilla.

Se inclinó sobre mí, con un repentino gesto de interés.

—Algo que brilla... ¿Cómo es?

—Algo... grande. No sé más. Es algo grande que brilla.

—Trate de recordar... Puede que lo haya visto alguna vez.
¿Cómo es ese objeto?

—No lo sé —dije, retorciéndome los dedos nerviosamente—. ¡Le prometo que no lo sé!

Me estaba sintiendo cansado, terriblemente cansado. Mucho más que cuando huía con el Ford «Cobra», pensando que todos los policías de Nueva York, de Nueva Jersey y de Connecticut iban en mi busca.

La cabeza volvía a dolerme.

Me hubiera puesto a chillar.

Perkins produjo un tabaleo con los dedos y murmuró:

—Sigamos. Usted no se preocupe... Piense con calma. Está en esa calle ancha, cuyos edificios no recuerda. Ve al final un objeto brillante. ¿Qué hace ese objeto?

—Se mueve.

—¿Hay en él algo que se enciende y se apaga?

Sólo al oír aquella pregunta sentí un terrible estremecimiento, un terrible deseo de gritar.

—¡Sí! ¡Sí, tiene algo que se enciende y se apaga! ¡Ahora lo comprendo! ¡Algo que se enciende y se apaga continuamente!...

La voz del médico sonó chirriante, lenta.

—He leído una copia de su declaración a la policía.

—¿Y qué?...

—En aquella casa, usted también vio algo que se encendía y se apagaba.

—No... no sé lo que era.

—¿Por qué tiene miedo? ¿Por qué no lo dice ahora como lo dijo entonces, ante los agentes?

—¡Repito que no sé lo que era!

—¡Claro que lo sabe! ¡Vio un cerebro gigante, un cerebro que le atraía, que quería que se fundiera con él!

—¡No! ¡No es cierto! —grité—. ¡No es cierto! ¡No es ciertooooo!...

Estaba al borde del ataque de nervios. Hubiera saltado del diván a tierra. Me había clavado las uñas en las palmas de las manos y me había hecho daño sin darme cuenta.

Perkins insistió:

—¿Ha visto ese cerebro otras veces?

—Sólo... una vez.

—¿En aquella casa?

—Sí...

—No podía corresponder a un ser humano —dijo Perkins, lentamente.

—No, no podía... Era enorme.

—¿Quizá a un ser de otro planeta?

—No diga... tonterías.

—¿Por qué piensa que son tonterías? ¿No hay otros seres que los han visto? ¿Por qué usted no?...

—No creo en los otros planetas.

Perkins no me contestó.

Simplemente, se puso en pie.

Con un gesto de su derecha, tiró de un cordón y descorrió las cortinas que cubrían una enorme ventana. Más allá no se veía más que la noche, la noche eterna, la noche silenciosa e interminable. Miles, millones de puntitos brillaban en el cielo sereno. Cada uno de ellos era como un ojo que me miraba, como una boca que desde el infinito parecía hablarme.

—Eso son los astros —musitó Perkins—. ¿Los está viendo y cree que no existen?

—Están silenciosos y fríos. En ellos no hay vida.

—Le explicaré alguna cosa. Los periódicos de esta noche lo publican, y de ese hecho no se puede dudar. Un hombre conduce su automóvil por una carretera solitaria. De repente, el motor falla inexplicablemente. Las bujías dejan de enviar su chispa. El volante no responde.

—¿Y... y qué?

—Cree que es un fallo mecánico, pero no resulta posible una cosa tan repentina y brusca. De repente, a un lado de la carretera, aparece un hombre. Es alto, de más de tres metros. Va desnudo, pero no se distinguen apenas sus miembros. Le rodea una fosforescencia verdosa. Ese desconocido, esa especie de monstruo,

avanza hacia él. Está a punto de rozar el coche.

Yo había contenido la respiración.

Me sentía como enjaulado, como prisionero.

Hubiera saltado por aquella enorme ventana caso de no haberme dado miedo los astros que se veían más allá.

Los astros me volvían loco. ¡Los astros me llenaban de terror!

—Nuestro amigo, el del coche, se pone a chillar —siguió Perkins, tranquilamente—. Está a punto de morir de miedo. Su corazón falla... Pero el monstruo verdoso no le causa ningún daño. De pronto extiende la mano derecha, y el motor vuelve a funcionar de nuevo. Nuestro amigo pone el coche a cien, a ciento veinte... Cuando llega a un precinto de policía, se desmaya. Puede leerlo. Lo publican todos los diarios de esta noche.

—¿Y... y qué?

—¿No puede haber visto algo parecido? ¿No puede haber visto un cerebro que no era de esta tierra?

Me estremecí brutalmente.

Seguía clavándome las uñas en las palmas de las manos, pero no me daba cuenta.

—¡No hable así! —grité, de pronto—. ¡No puede hablar así! ¡No tiene derecho!

Parecía haber enloquecido. Todo mi cuerpo temblaba. Perkins se apartó como si temiera que fuese a saltar sobre él de un momento a otro.

Guardó el bloc donde había estado tomando unas cuantas notas y dijo:

—Quizá necesite descansar, señor Barton.

—No... Estoy seguro de que no podría dormir.

—¿Tiene miedo?

—No es eso... Sólo pienso que no podría cerrar los ojos.

—De todos modos, debe intentarlo. Puede dormir en la casa, si quiere. Es muy amplia.

—Claro que necesito quedarme aquí. No puedo ir a ningún otro sitio.

Me señaló la puerta, para que saliera.

Fuimos a una habitación que estaba en el piso superior. Era como una buhardilla y desde la ventana se veían las estrellas, se veían esos mil ojos misteriosos, siniestros, eternos, que tiene la

noche.

Había un
sofá-cama,
donde podía estar cómodo. Dos mantas y un cuartito contiguo con una ducha.

—Si se siente nervioso, no dude en darse un buen remojón con agua fría —me dijo Perkins—. Y, sobre todo, duerma, duerma todo lo que tenga ganas... Aunque sea dos días enteros... Aquí la policía no lo buscará.

Asentí lentamente.

Y apenas él hubo cerrado la puerta, dejándome solo, me derrumbé sobre el diván, como si las fuerzas me hubieran fallado del todo, como si mis piernas ya no quisieran sostenerme más.

Cerré los ojos porque no me atrevía a mirar al cielo, no me atrevía a mirar los miles y miles de estrellas.

Poco después, por suerte para mí, el cansancio me había rendido. Me hundí en un profundo sueño.

¿Pero por qué seguía pareciéndome que alguien pensaba por mí? Y, sobre todo, ¿por qué tenía tanto miedo?

Las sombras me envolvían, más espesas cada vez. Los astros fueron acercándose poco a poco a mi ventana, hasta parecer que entraban en ella.

CAPÍTULO VII

Otra vez me acometía aquel sueño.

No era extraño, puesto que habíamos hablado de ello antes de dormirme, y dicen que uno suele soñar aquello con cuya idea fija se ha ido a la cama.

Pero lo cierto era que otra vez veía la calle ancha, muy ancha, y otra vez me parecía andar por ella.

No había casas a ambos lados.

Ahora me daba cuenta, porque me fijaba en eso. No, no había casas. Todo era desierto, todo formaba una inmensa llanura solitaria.

Y, abajo, aquel objeto brillaba.

Era grande, pero yo no podía reconocerlo.

Me torturaba, hacía que me dolieran las sienes, me forzaba hasta el máximo para tratar de averiguar lo que era, pero no lo conseguía.

Se trataba de algo que había visto más de una vez, y, sin embargo, no acertaba a precisar qué era ni podía identificarlo.

Al fin abrí los ojos.

Al despertar me acometió una brusca sensación de irrealidad. Me pareció que soñaba todavía. Pero estaba bien despierto, porque veía la habitación, distinguía las mantas que cubrían mi cuerpo y, sobre todo, la ventana, a través de cuyos cristales brillaban los miles de astros.

En torno mío, todo era oscuridad y silencio.

Me puse en pie y me vestí la americana. Aquélla y la corbata eran las únicas prendas que me había quitado. Avancé hacia la puerta.

¿Por qué lo hacía?

¿Qué fuerza remota me empujaba? ¿Qué cosa *que estaba dentro de mí* me daba órdenes?

¿Por qué sabía que yo tenía que ir hacia un sitio determinado de

aquella casa?

Toqué el pomo de la puerta.

Y de pronto me estremecí.

Tenía miedo, un miedo horrible.

Porque ahora sabía qué era lo que me atraía. Porque ahora volvía a oír aquel latido enorme, desacompasado, gigantesco.

Porque ahora notaba otra vez aquella presencia monstruosa dentro de la casa.

Como un corazón que se expandiera y luego se contrajese.

Como un monstruo que palpitara en las entrañas del edificio...

Yo sabía que me convenía ocultarme, esconderme debajo de la cama si era preciso, para que *aquello* no me viera. Pero su fuerza irresistible me atraía. Me empujaba a abrir aquella puerta.

Vi un largo pasillo penumbroso, al final del cual había otras puertas.

No recordaba nada, no recordaba haber pasado por allí.

Y, sin embargo, estaba en la casa del doctor Perkins. Él me había traído. Estaba en un pasillo por dónde había pasado antes.

¿Pero por qué aquella casa me parecía «el castillo»?

¿Por qué tenía la sensación de haber estado allí antes alguna vez?

Avancé con pasos vacilantes.

Mis zapatos crujieron.

Una puerta que estaba al fondo del pasillo se abrió entonces, produciendo un leve chasquido.

Confieso que tenía los nervios a flor de piel. Todo me parecía fantasmal, extraño.

Pero lo que había detrás de aquella puerta no era como para dar miedo a nadie; no, todo lo contrario. La enfermera que nos había abierto antes estaba en el borde del lecho sentada coquetonamente. Se quitaba las medias pero no se daba demasiada prisa en terminar.

Yo no me moví.

La miraba como si no creyera en nada de aquello, como si me pareciese estar soñando aún.

Ella me hizo un guiño.

—¿No te acercas?

Su actitud era irreal. Una mujer no obra así cuando a uno sólo le ha visto una vez. Todo eso aumentaba mi sensación de estar

soñando.

—¿No te acercas? —insistió.

—No me conoces —musité.

Se había quitado con delicadeza, con lentitud, con una extraña languidez, una de las medias.

—¿Y qué? —dijo.

—No me conoces —insistí.

—Eso tiene poca importancia. Cuando un hombre es joven y atractivo, me basta con verle una vez. Como vosotros veis a las mujeres que os gustan. Las miráis y al minuto siguiente ya estáis saliendo disparados hacia ellas. ¿No es cierto?

—Sí —dije, lentamente.

—¿No te gusto?

—Mucho.

—¿Pues por qué no vienes?

Me llevé las manos a las sienes.

—Éste... este horrible pinchazo en la cabeza...

—¿Qué sientes?

Yo sabía lo que sentía, pero no me atrevía a decirlo.

Aquello me llamaba.

Ahora no era desde arriba, sino desde un lugar inferior. No era desde lo alto de la escalera, como había ocurrido en el «castillo». Ahora, el latido se oía en el sótano, parecía hacer temblar la casa entera.

Pero la chica no parecía notarlo.

Me miraba entre sorprendida e irritada, como si se preguntara si habría en el mundo un hombre más tonto que yo.

—Te advierto que no suelo dar demasiadas oportunidades como ésta —dijo.

—Lo comprendo.

—¿Por qué me miras así?

—Por... por nada.

—¿Qué vas a hacer?

Me acerqué más a la puerta y la miré largamente.

Tuve la sensación, no sé por qué, de que la veía por última vez.

Ahora, la chica había olvidado toda su coquetería.

Ahora temblaba. Me convencí, mirando sus ojos, de que tenía miedo, casi tanto miedo como yo.

Entonces cerré la puerta.

El pasillo quedó de nuevo hundido en penumbra, y yo decidí olvidar a la hermosa enfermera. Había algo que me atraía más, algo que me llamaba desde las entrañas de la casa. Descendí por unos alfombrados peldaños, sin hacer ruido, hasta el vestíbulo.

Una vez allí, me detuve.

Tenía que haber una puerta que daba a los sótanos. Una puerta desde la cual llegaba aquella *llamada*.

En efecto, la había.

No encajaba bien en el marco, y por debajo de la hoja de madera se filtraba un resquicio de luz. Era una luz muy intensa, que se encendía y se apagaba a intervalos.

Yo sabía lo que eso significaba.

Aquello estaba allí.

Pero a pesar de todas mis prevenciones, a pesar de que mi voluntad me decía que huyese, llevé poco a poco la derecha hasta el pomo de aquella puerta. Lo hice girar y abrí.

El cerebro estaba abajo, llenando el amplio sótano.

Podía ver, como antes, la prolongación del cerebelo. Las arterias meninges. Podía captar el especial olor que se desprendía de aquella masa enorme e inhumana, en cuyo interior una luz intensísima parecía encenderse y apagarse.

Bruscamente, las fuerzas me abandonaron otra vez.

Noté que aquel cerebro me atraía, que me llamaba.

Yo era incapaz de resistirme a sus dictados. Tenía que avanzar hacia él. Tenía que fundirme en su masa repelente, que me infundía una profunda náusea.

Iba a descender, cuando de pronto el maleficio pareció romperse. Mi voluntad se impuso. Quise hacer un esfuerzo terrible, titánico, para librarme de aquella llamada.

Y corrí hacia la salida de la casa. Corrí como un loco hacia la noche, hacia las estrellas.

Éstas me hacían guiños, me llamaban.

Tropecé con los árboles, me hundí en las desigualdades del terreno, me desplomé varias veces.

Hasta que al fin la casa desapareció. Hasta que me rodeó una eterna noche. Hasta que la luz maléfica que se encendía y se apagaba en el interior de aquel cerebro se extinguió en la distancia.

CAPÍTULO VIII

El doctor Perkins me vino a recoger a la mañana siguiente. Parecía un poco contrariado, pero no hizo ningún gesto brusco ni me habló con voz alterada. Sólo murmuró:

—Imaginaba que estaría aquí, Clive.

—¿Por qué lo imaginaba?

—Es el sitio más abrigado de los contornos. Y el más protegido.

Miré en torno mío y me pareció que despertaba ahora. Sí, era un lugar abrigado y protegido, por supuesto. Se trataba de un hoyo rodeado de hojarasca. No sabía cómo había podido llegar allí, pero una cosa era cierta: cualquier animal fugitivo hubiese elegido el mismo refugio que yo.

Perkins, que me hablaba desde el volante de un «jeep», se puso una pipa entre los labios.

—¿Quiere salir, Clive?

—Por supuesto... Claro que sí.

—¿Le ayudo?

—No, no hace falta.

Salí del hoyo, y el sol me dio en la cara. Casi me deslumbró, casi me hizo daño. Sin embargo, la sensación de que ya había acabado la noche, de que ya todas las pesadillas estaban disipadas, fue beneficiosa para mí.

Subí al «jeep».

—Necesita un baño —dijo Perkins.

—Me ducho todas las mañanas. Lléveme a la casa.

—¿Por qué huyó anoche?

Retruqué con otra pregunta.

—¿Se dio cuenta de que huía?

—Sí.

—¿Y por qué no trató de impedírmelo?

Perkins se encogió de hombros.

—Pensé que era mejor dejarle obrar según su propia iniciativa —dijo.

—¿Cree que estoy loco, verdad?

—¿Por qué había de creerlo?

—Sólo a los dementes que no tienen remedio sí les deja hacer lo que quieren.

—Y también a los que están en observación —murmuró Perkins, dejándome desconcertado unos momentos.

Hizo dar la vuelta al «*jeep*» y volvimos hacia la casa.

Me di cuenta, a la luz del día, de que aquello era más solitario de lo que había creído la noche anterior. La casa de Perkins estaba al final de la calle, y más allá había un desmonte. Los árboles, los altos arbustos y los cañaverales lo cubrían todo.

Mientras rodábamos a poca velocidad, él preguntó:

—¿Qué le sucedió, Clive?

—¿Debo contárselo?

—Con toda confianza. Ya ve que no trato de hacerle ningún daño.

—Vi otra vez el cerebro.

—¿Dónde?

—En su casa, naturalmente.

—¿El mismo que en el «castillo»?

—Sí.

—¿Y dónde estaba ahora?

—En el sótano.

Noté que hubiera deseado reír, burlándose de mí. Pero al fin hizo un esfuerzo, se puso serio y nos detuvimos ante la casa.

—De día es distinto ¿no? —dijo.

—Sí. Todo parece nuevo, completamente cambiado. Da la sensación de que uno ha llegado a otro planeta.

—A usted le obsesionan los planetas, señor Barton.

—¿Por qué dice eso? —pregunté, nerviosamente.

—No sé, me ha parecido notarlo.

No le contesté.

Con los labios apretados, miraba la casa.

—¿Qué significan los planetas para usted, Barton?

—Lo mismo que para usted.

—Para mí son misterios —dijo tranquilamente Perkins.

—Pues para mí... también.

—¿Cree que en ellos hay vida?

—No me pregunte eso. Déjeme... Estamos hablando de tonterías.

Se encogió de hombros y accedió a dejar de lado aquella conversación. Descendimos del «jeep» y entramos en la casa.

—Le conviene ducharse y desayunar —dijo Perkins—. También le prestaré ropa nueva. Creo que más o menos los dos tenemos las mismas medidas.

En el vestíbulo encontramos a la misma enfermera de la noche anterior. La misma de la noche anterior en todos los sentidos, quiero decir. La que nos había abierto la puerta cuando llegamos y la que se había quitado las medias delante de mi diciéndome que no necesitaba perder el tiempo con un hombre cuando le gustaba. Pero ahora la chica había cambiado. Llevaba vestidos profesionales, o sea bata y medias blancas. No me miró más que de una forma lejana. Estaba desconocida, distante; para ella yo debía pertenecer a otro mundo.

Eso me asustó. Me hizo pensar si yo no habría soñado la noche anterior. Si no habría soñado en todos los sentidos.

Más tarde, bajo el agua fría de la ducha, me sentí mejor. Pero la cabeza me hervía, y por más vueltas que daba a mis pensamientos no llegaba a aclarar nada. Al fin decidí olvidarme de todo, y mientras me vestía con las prendas prestadas por Perkins traté de pensar en otra cosa, por ejemplo, la Compañía de Seguros. ¿Qué estarían haciendo allí? ¿Me habrían propuesto ya para el despido? ¿Habrían trasladado todo un *dossier con mis supuestas manías a la policía Metropolitana*?

¿Por dónde me estarían buscando ahora?

Mientras desayunaba sin demasiado apetito, Perkins entró de nuevo.

—Debe estar cansado —dijo.

—No lo crea; resisto mucho.

—¿Qué hacía en Vietnam?

—Era comando. A veces tenía que pasarme noches enteras sin dormir, y lo aguantaba bien.

—¿Quiere que continuemos con nuestro trabajo?

—Yo le daré una idea mejor, señor Perkins.

—¿Cuál?

—Entrégue me a la policía. Ellos también me tendrán en observación. Se convencerán de que no hice nada.

—Le tendrán en observación, pero acusado de asesinato. ¿Sabe adónde le puede llevar eso?

—Claro que sí. A la cámara de la muerte de Sing-Sing.

—Pues más vale que tengamos paciencia al menos un par de días. En esta clase de trabajos no se obtienen resultados hasta la cuarta o quinta sesión.

Me resigné, y después de desayunar y pasear por el jardín cosa de media hora, volví a tenderme en el diván. Perkins me hizo preguntas muy parecidas a las de la otra noche; preguntas sobre cosas que yo había visto o cosas que yo imaginaba. Me sugirió imágenes que estaban relacionadas con recuerdos de mi niñez. Había momentos en que, realmente, no sabía qué contestarle.

Luego empezó de nuevo con su bombardeo de palabras sueltas.

—Habitación —dijo.

—Ventana.

—Cita.

—Mujer.

—Bueno.

—Trevor.

El nombre le hizo parpadear. Musitó:

—¿Trevor...?

—Sí, eso he dicho.

—¿Quién es Trevor?

—Pues... pues... ¿no le he hablado nunca de él?

—No, nunca.

—Era capitán. Se dedicaba a lo mismo que usted. Bueno, quizá de un modo distinto.

—Quiere decir que era médico sicólogo.

—Exactamente. Por su carácter bondadoso, resultaba ideal para una misión, que era la que le habían asignado: tranquilizar a los que estaban al borde del *shock* nervioso. Yo no me hallaba en esa situación porque apenas participé en combates fuertes y porque nunca vi caer a un hombre a quien hubiera matado yo. Pero otros compañeros se ponían a aullar por las noches como si fueran lobos. Eran los que, al entrar en una aldea, habían visto el cadáver de

algún niño abrasado por el *napalm*. Los que habían visto morir en una trampa a su mejor amigo. La cantidad de locos y de desquiciados que había en mi batallón, no puede explicarse en las páginas de un libro. Pues bien, de todos éstos se ocupaba Trevor.

—¿Qué hacía?

Produje un chasquido con los dedos, mientras a mis labios asomaba una sonrisa nostálgica.

—Buen chico ese Trevor... Buen chico de verdad, con su cara de niño... Parecía como si tuviera influencia magnética en sus manos. Sólo con que te pasara un brazo por los hombros ya te sentías mejor. Acompañaba durante dos horas a un hombre destrozado y lo convertía en un hombre nuevo, que por lo menos se había resignado a seguir viviendo. El mismo, muchas veces, enterraba a los muertos. Todos le queríamos.

Callé un momento, porque los recuerdos me embargaban. Resultaba extraño... Pero era el nombre de Trevor lo que casi había hecho saltar lágrimas a mis ojos, al recordar aquella maldita, aquella negra época pasada en Vietnam.

Perkins susurró:

—Parece muy emocionado.

—Seguramente lo estoy.

—¿Por qué?

—Ya le he dicho que todos queríamos mucho a Trevor. El homenaje más sincero, más limpio que un hombre puede tributar a otro, lo vi allí.

—¿De qué habla?

Cerré los ojos un momento y susurré:

—George era un soldado raso. Había matado a mucha gente y había visto morir a sus mejores amigos. Era un campesino, un hombre sencillo. En su tierra, en Iowa, miraba crecer el trigo y pensaba en la cantidad de agua que traerían las nubes. Pero en Vietnam todos creíamos que tenía abotargada la sensibilidad, pero de pronto, una noche, estalló. Había ido acumulando dinamita en su interior y se produjo el «boom». Estaba de guardia y de pronto quedó quieto, sin saber qué hacía allí ni cómo se llamaba. Lo quisieron devolver a los Estados Unidos, pero él se negó. Si le preguntabas su nombre no te sabía responder. Muchas veces le decíamos: «Tú te llamas George. Hala, repite». Y él decía: «George».

A continuación le preguntábamos: «¿Cómo te llamas?». Y ya lo había olvidado. Era terrible. En otras ocasiones te pedía un cigarrillo, se lo dabas y lo fumaba en silencio. Entonces le preguntabas: «¿Qué acabo de darte?». Y ya no se acordaba. Nunca habíamos visto un caso igual. Pero un día le preguntamos quién era el que cuidaba de él. Y contestó sin vacilar: «Trevor. John, número 18 725,

de Jersey City, unidad especial número 3». Era lo único que no había olvidado en el mundo. Nunca he visto un homenaje más sencillo, más sincero de un hombre a otro.

Perkins guardó silencio.

Durante largos instantes pareció reflexionar sobre todo aquello que yo le había dicho, como si pensara que podía tener importancia para mí.

—¿Trevor le trató también a usted? —musitó.

—No, no hizo falta.

—¿Pero eran amigos?

—Sí, mucho.

—¿Qué ha sido de él?

—No lo sé.

—¿Sigue en Vietnam?

—Le digo que no lo sé; cuando a mí me evacuaron, él seguía allí.

Desde entonces no he vuelto a verle.

—De acuerdo, no tiene importancia; olvídelo.

Se puso en pie y me ofreció un paquete de cigarrillos, tras cerrar el bloc en que había seguido tomando notas. Luego se acercó a la puerta.

—Descanse, Clive. Ahora necesita tener la mente en blanco, no pensar, en nada. Ningún peligro le amenaza aquí, ¿comprende? Ningún peligro.

—Lo sé, Perkins. Gracias.

—Dentro de una hora le haré un par de radiografías.

—¿Para qué?

—Necesito algunos datos. Si quiere algo pídalo a la enfermera. Le bastará con pulsar el timbre azul.

Ya había abierto la puerta cuando pregunté:

—Oiga, Perkins, esa chica... ¿cuánto hace que trabaja para usted?

—Casi un año.

—¿Duerme en la casa?

La pregunta pareció divertirle mucho.

—No —dijo—. ¿Por qué?

—Me pareció verla anoche.

—¿De verdad?

—Iba vestida... de un modo distinto.

—Bueno, hombre, no tenga miedo de decírmelo.

—Quiso hablar conmigo.

—¿En qué posición estaba?

—Sentada en la cama. Sentada con mucha desenvoltura.

Él rió.

—No duerme aquí —dijo—. Se marchó poco después de venir usted.

—Cree que le miento, ¿no? —grité—. ¿Lo que piensa es que estoy loco?

—Nada de eso. Lo que trato de decirle es que en torno suyo hay unas cosas que son verdad y otras que no lo son. Desconfíe de las cosas hasta que las haya tocado. ¿La tocó a ella?

—No.

—¿Y al cerebro que vio luego?

—¡Nooo!

—No se excite, amigo, no se excite. Sólo le pido que desconfíe de las cosas que no ha tocado.

Y salió.

Pensé que era un buen consejo.

Cada vez que una chica te diga algo, tócala para ver si existe.

Lancé una carcajada, tratando de ponerme de buen humor, y de pronto esa risa quedó cortada en mis labios.

Pensaba en algo.

Trevor... ¡Claro que sí! ¡Trevor! ¡Él era la solución!

Podía exponerle mi problema con mucha más confianza que a Perkins. Podía confiar ciegamente en él. Por el hecho de conocerme desde mucho tiempo atrás, él me comprendería mejor.

Claro que no sabía si estaba en Vietnam, si estaba en los Estados Unidos o si lo habían trasladado a Okinawa para que trabajara en un hospital de tarados mentales. Todo podía ser.

Pulsé el timbre.

El sonido pareció estruendoso en el silencio de la casa. Oí al cabo de unos instantes un taconeo y la puerta se abrió. La misma chica de la noche anterior, la misma chica de siempre estaba allí, pero ahora me miraba con gélida indiferencia. El vestido era demasiado ancho y no marcaba bien sus formas opulentas.

Las medias de gruesa lana blanca deformaban sus piernas.

—¿Qué quiere? —murmuró.

—¿Cómo te llamas, muñeca?

—Eso no tiene importancia —murmuró con voz desabrida.

—¿Estuviste aquí anoche?

—No. Y diga lo que quiere de una vez.

Comprendí que no le era simpático, y que además no le sacaría de dudas, de modo que me encogí de hombros y sonreí con resignación.

—Quisiera una guía telefónica del Estado de Nueva York y otra del de Nueva Jersey. Las tiene, supongo.

—Creo que sí. Espere.

Salió y volvió al cabo de algunos minutos con dos enormes mamotretos que apenas podía sostener. La ayudé y rocé sus manos. Existía, ¡vaya si existía! Lo que tenía que haber hecho era salir de dudas la noche anterior, cuando las cosas se presentaban mucho más favorables.

—Gracias —murmuré—. Y ahora, ¿me puede dejar solo?

—Claro...

Consulté las guías. Buscaba un solo nombre: Trevor, John... Había bastante gente llamada así, pero sólo uno era médico. Tenía que tratarse de él. Vivía cerca de Newark en una calle que tenía un nombre prometedor: Spring Avenue, o sea Avenida de la Primavera.

Apreté los labios.

Tenía que encontrarle como fuera... Sólo en él podía confiar. Perkins quería ayudarme, pero al fin terminaría entregándome a la policía. Su interés era puramente científico. Trevor, en cambio, tendría un interés humano, y quizá diera con una solución distinta.

Abrí la puerta.

No se oía nada en la casa, que a excepción de la enfermera, debía estar vacía.

Pero no me atreví a salir normalmente, porque quizá ella vigilaba. Le debían haber dicho que impidiera mi salida, para que

no hiciese ninguna nueva barbaridad.

Entonces abrí una de las ventanas y salté por ella a la parte posterior del jardín. Eso no era problema para mí, pues había saltado docenas de veces de aquel modo. Caí de pie y eché a correr hacia los arbustos por sobre la mullida hierba.

Nadie debió verme. Unos instantes después había desaparecido por los desmontes en dirección a la carretera principal.

CAPÍTULO IX

Todo el Estado de Connecticut está cruzado por docenas de autobuses que se dirigen a Nueva York. Como mucha gente trabaja en un sitio y duerme en otro, esos servicios suelen ser rápidos e impecables. Deduje que la policía no los vigilaría demasiado por una razón: debían suponer que yo no me atrevería a mostrarme en público de una forma tan clara.

Pagué al conductor, tomé asiento junto a una ventanilla y me apeé en Port Authority. Estaba en el centro de Nueva York sin que me hubiera ocurrido el menor incidente. En Broadway tomé un taxi y pedí al conductor que me condujera a la Avenida de la Primavera, en Newark.

El trayecto era largo y caro, pero no me importaba gastarme mis pocas reservas de dinero. Vi enseguida que el chófer no me reconocía, a pesar de que algunos periódicos debían haber publicado mi foto. Es imposible vigilar y controlar a los dieciséis millones de habitantes que tiene el llamado «gran Nueva York». De modo que podía estar tranquilo mientras no llamase la atención de alguna manera.

Pagué en Newark y me detuve a un extremo de la Spring Avenue. Ésta era también como esas calles que sueña el norteamericano medio los domingos por la tarde, cuando no sabe qué hacer. Pequeños chalets blancos, con su porche y su pedacito de jardín. Un perro revoltoso, unos cuantos rododendros y, si podía ser, una vecinita guapa. Todas las casas eran iguales y todos los coches se parecían. Eran los que generalmente empleaban las mujeres para ir a sus compras mientras los maridos estaban en el trabajo.

Nadie se fijó en mí.

Aquéel era un barrio tranquilo, como la mayoría de los que rodean Nueva York y como la mayoría de los que yo había visitado

en las últimas horas.

Me puse un cigarrillo entre los labios y avancé hacia la dirección que recordaba muy bien, porque era como si la tuviese grabada a fuego en mi mente.

La casa era más pequeña que las otras. Tenía el porche muy bien pintado y en él había una silla de mimbre, junto a una mesita donde descansaba una revista.

Daba la sensación de que el dueño iba a salir de un momento a otro. A pesar de que hacía frío en toda la comarca, allí daba el sol. Imaginé a Trevor leyendo mientras recordaba sus malditas experiencias pasadas. Mientras se preguntaba tal vez qué podía hacer para ayudar a hombres como yo, a los que la vida había desquiciado.

Una súbita emoción se había apoderado de mí.

Pensaba que iba a ver de nuevo a uno de los hombres a quienes más había apreciado en mi vida. Que iba a confiar en él, puesto que sólo Trevor podía ayudarme.

Avancé hacia la puerta.

Pulsé el timbre, pero entonces me di cuenta de que la hoja de madera estaba solo entornada.

Aquello me extrañó.

Claro que quizá Trevor, o quien fuese, había entrado un momento pensando en volver a salir al porche enseguida, razón por la cual ni siquiera había cerrado la puerta.

Empujé levemente.

—¡Trevor! —llamé—. ¡Trevor...!

Y entonces me sucedió una cosa extraña.

Traté de recordar todo lo que había hecho desde que salí de la casa de Perkins, en Connecticut. Intenté reconstruir mis pasos uno a uno y no pude. Era curioso, pero existía un verdadero vacío en mi mente. Incluso me parecía como si ya hubiera estado allí antes, como si ya hubiera estado allí otra vez.

Vi un vestíbulo sencillamente amueblado, pero con claras señales de desorden. Daba la sensación de que por allí hubiera pasado un verdadero huracán.

Todo estaba revuelto.

Los cajones volcados, los muebles al revés, las cortinas rasgadas.

Me detuve en el umbral, atónito, sin entender nada de aquello.

—¡Trevor! —volví a llamar.

Nadie me contestó.

El silencio que reinó en la casa después de mi grito, fue tan espeso que pareció poder cortarse con un cuchillo.

Pasé a la segunda habitación. La casa, por lo que podía ver ahora, era pequeña. Constaba de dos dormitorios, un *living*, un *comedor-cocina*, una sala utilizada como biblioteca y un cuarto de baño. Debajo de las escaleras que llevaban al tejado había un cuarto trastero. Todo absolutamente estaba revuelto y lanzado por el suelo. Lámparas volcadas, libros despanzurrados, colchones abiertos a cuchilladas... Nunca había visto un registro tan brutal como aquél. Y eso hizo que quedara como petrificado en el centro de una de las habitaciones, sintiendo algo así como si hubiera bajado de otro planeta.

¿Qué había pasado allí? ¿Qué grupo de vándalos había entrado en la casa?

Pero no era eso lo peor.

Lo peor ocurrió cuando yo abrí aquel armario y el cuerpo cayó pesadamente al suelo. Cuando la sangre empezó a resbalar sobre las baldosas. Cuando mi garganta se contrajo porque no tuve fuerzas ni para lanzar un grito.

No le había visto en bastante tiempo, desde que volví de Vietnam, pero no cabía duda: era Trevor.

Me fijé en todos los detalles con una precisión asombrosa, como si mis ojos fueran dos cámaras fotográficas. Trevor usaba un traje gris de mediana calidad y llevaba un reloj barato. Estaba algo más envejecido que cuando lo conocí en Vietnam, quizá porque las prendas civiles, menos deportivas, no contribuyen a dar un aspecto juvenil a nadie. Iba con el cabello algo desordenado y tenía las manos manchadas de sangre.

Unas manos crispadas a la altura del corazón, donde se había formado un coágulo del que se deslizaban algunas gotas.

Estaba muerto.

Lo habían baleado a corta distancia, seguramente con silenciador, porque no se advertía la menor señal de alarma en las casas vecinas. La muerte, por los sitios en que había sido alcanzado, debió ser instantánea.

Soy incapaz de decir lo que sentí en aquel momento.

La mezcla de pena, de asombro, de odio que me dominó, no tiene nombre.

Con los pies clavados en el suelo, como si fuera del todo incapaz de moverme de allí, contemplé el cadáver de Trevor con esa expresión con que contemplamos los cuerpos de los seres a los que hemos amado.

Nunca tendría un amigo como él.

Nunca podría confiar tanto en una persona dispuesta a ayudarme como fuese, dispuesta a hacer cualquier cosa por mí.

Me parecía increíble que estuviera muerto.

Mis ojos nublados paseaban por la habitación, mientras algo en mi interior me decía que aquello era irreal, que era una pesadilla como las que había sufrido antes.

Recordé el consejo de Perkins.

No debía creer en nada que no hubiese tocado. Algo así como la vieja máxima de santo Tomás. De modo que me incliné sobre el cuerpo y lo rocé con las yemas de mis dedos.

Era una realidad. Una horrible y sórdida realidad.

Como también fue realidad aquel grito que sonó a mi espalda, aquel grito femenino desgarrador, que rompió el silencio de la casa.

CAPÍTULO X

Me volví de repente.

Como en la ocasión anterior, tuve la sensación de que mis ojos eran dos cámaras fotográficas. Capté con el mayor detalle las piernas torneadas y largas, envueltas en medias color claro; la falda corta, que dejaba al descubierto las rodillas redondas; el jersey deportivo que marcaba unas líneas rotundas; el cuello largo y el bonito rostro que sin embargo, en este momento, estaba como desdibujado como una mueca de horror.

Noté que ella quería gritar otra vez.

Pero no podía.

Las fuerzas le fallaban, y parecía como si fuera a caer a tierra de un momento a otro.

¿Quién era? ¿Quizá una vecina que había entrado casualmente? ¿O tal vez se trataba de...?

Recordé bruscamente algo que sabía de Trevor. Claro... Él tenía una hermana en Newark. Siempre habían vivido juntos. Ella tenía que ser la muchacha que ahora se hallaba ante mis ojos.

No se me ocurrió más que susurrar:

—Por favor, cálmese.

Ella dijo con voz tensa:

—Ase... sí... no...

Tardé en comprender. No me di cuenta al principio de lo que aquello significaba. Resultaba que el culpable era yo, resultaba que eran mis manos las que habían acabado con Trevor.

Sólo pude balbucir:

—Yo no...

Y casi grité:

—¡No llevo armas!

Ella se tapó los ojos con las manos y todo su cuerpo se estremeció. Entonces se puso a chillar de nuevo, se puso a chillar

como una loca. No me miraba y estaba quieta en el umbral, de modo que me hubiera sido facilísimo matarla. Pero ése sólo pensamiento me produjo un estremecimiento de horror.

Lo que comprendí fue que tenía que huir.

La situación se iba a hacer insostenible dentro de unos segundos. La casa se llenaría de gente.

Busqué con los ojos una salida y la encontré en la ventana, que además daba a la parte posterior de la casa. La abrí y salté. Dudo que la muchacha se diera cuenta de eso.

Crucé el jardín a la carrera, salté una valla y me encontré en un pequeño bosquecillo donde había un calvero con un parque de juegos infantiles.

Algunos niños se entretenían allí. El mayor debía tener seis años. Me miraron asombrados, mientras una mujer que cosía en un banco se levantaba presurosamente y corría hacia ellos, deseando protegerlos.

Nadie gritó.

En el apacible barrio no se había producido tampoco excesiva alarma, porque los que me vieron pensaron que yo era simplemente un ladrón que huía. Así pude atravesar el bosquecillo y encontrarme en otra calle de Newark, también parecida a la que sueñan los americanos para el día de su jubilación: casas tranquilas y blancas, porches con sillas de mimbre, jardincillos con rododendros... Todo aquello, tan limpio y tan pacífico me parecía increíble, como si las únicas verdades de este mundo fuesen, en cambio, la muerte de Trevor y el horror en que yo me veía envuelto.

Había una parada de taxis con dos de ellos estacionados, pero pasé de largo. Luego recordarían, cuando la policía empezara a hacer averiguaciones, que me habían visto allí.

Anduve cerca de dos millas. Cuando ya me sentí seguro, tomé un autobús de línea que me devolvió a Nueva York. Pero no fui a Port Authority porque supuse que ahora los de la Metropolitana tendrían el lugar sometido a rigurosa vigilancia.

En la confluencia de Broadway con Times Square, hice recuento de mis fondos.

Me quedaban unos trescientos dólares. Podía permitirme, pues, el lujo de tomar un taxi hasta Connecticut.

Así lo hice. Y, como había ocurrido la vez anterior, al taxista no

le llamé la atención para nada. Lo dejé cerca de la residencia del doctor Perkins y continué mi camino a pie.

Perkins estaba en la sala de donde yo había salido horas antes.

Parecía irritado, nervioso. Al verme no pudo evitar esta vez una exclamación de malhumor:

—¿Pero dónde infiernos se ha metido, Barton? ¿Cree que hemos de estar jugando al escondite?

—He ido a... a ver a Trevor.

—¿Qué dice?

Perkins parecía asombrado.

Me miraba como si yo fuera un ser de otro planeta.

—He ido a ver a Trevor —insistí—. Se me ocurrió de repente que podía estar en Nueva York o en cualquiera de los Estados vecinos. Y, en efecto, vive en Newark, Nueva Jersey. Pude encontrar fácilmente su dirección gracias a la guía telefónica.

Perkins me miraba con más atención cada vez, como si se extrañara de que yo hubiese tenido aquella iniciativa.

—¿Y le vio? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Sí.

—¿Habló con él?

—No pude.

—¿Por qué?

No me atreví a decirle que ya estaba muerto cuando llegué. Me limité a encogerme de hombros con un gesto de terrible cansancio.

—Parece que él tenía dificultades... —susurré—. En fin, hablaremos de eso otro día.

—Me parece bien —dijo Perkins—, pero no crea que he de pasarme la vida pendiente de usted.

—Lo comprendo; le estoy haciendo perder el tiempo.

—No es eso. Debe darse cuenta de que trabajamos contra reloj; la policía ya puede estar sobre su pista.

—Es cierto —dije dócilmente—. Por eso he pensado que debo irme. No quiero comprometerle, Perkins.

—No diga tonterías. Ahora ya hemos empezado y debemos terminar.

Indicó por señas que me quitara la americana y la camisa.

—He de hacerle una radiografía —dijo.

—Como quiera.

A mí me parecía vivir en otro mundo. Creo que no me daba cuenta de nada. Obraba maquinalmente, como un autómatas.

Aún creía tener ante los ojos el cuerpo de Trevor y la mirada atónita de su hermana. Aún creía estar viviendo aquel terrible momento que no olvidaría jamás.

Pasamos a la sala de rayos X, donde Perkins me hizo una radiografía de tórax. Cuando me vestí seguía teniendo un aire ausente. No podía olvidar los ojos de Trevor, que miraban al vacío desde más allá de la muerte.

Perkins musitó:

—¿Qué le pasa?

—Pensaba en Trevor.

—¿Pero es que le ha sucedido algo?

—No hablemos de eso, ¿quiere?

—Está bien. Y ahora, si quiere hacerme caso, descanse un poco. Tengo la sensación de que está muy nervioso.

Pasamos a otra habitación, y entonces él conectó la televisión. Tuve la mala suerte de que estaban dando el boletín de noticias locales. Un tipo con cara de asustado proclamaba desde la pantalla, para todo aquel que quisiera enterarse, que un loco asesino andaba suelto y que había causado una nueva víctima.

A continuación las cámaras mostraron unas cuantas vistas del interior de la casa de Trevor.

No cabía duda de que los de la televisión habían trabajado rápido.

Se veían los muebles en desorden, el cadáver —enfocado de espaldas—, y hasta una fugaz imagen de la muchacha, de su hermana, que desaparecía entre dos policías.

Luego apareció, enmarcada, una foto mía.

La habían obtenido, sin duda, de mi ficha en la Compañía de Seguros. Yo tenía allí la cara de un joven que mira con confianza hacia el porvenir. Maldita sea... ¿Qué porvenir ni qué infiernos...?

Perkins me miraba mientras le temblaban los labios.

No cabía duda de que, a pesar de querer ver la cosa desde el punto de vista científico, estaba estremecido de horror.

La voz del locutor decía:

«... Y éste es el posible asesino, el hombre que fue visto cerca de la casa del suceso y al que la policía busca activamente...».

La mano de Perkins apagó el televisor.

Sus ojos se volvieron hacia mi convertidos en dos globos de vidrio.

—De modo que estaba viendo a Trevor... —dijo.

—Yo no le maté, Perkins.

—Es posible que no se acuerde.

—¡He dicho que no lo maté!

Yo había chillado. Estaba a punto de perder el control de mis nervios. Perkins se dio cuenta y no insistió.

—Debe descansar, Barton —dijo.

—Pero cree que soy un asesino, ¿no?

—Yo no creo nada.

—Le juro que estaba ya muerto cuando entré allí. Alguien había registrado la casa, lo había destrozado todo. Lo que sentí entonces creo que no lo volveré a sentir jamás.

—Cuéntemelo.

—¿Contarle? ¿Qué?

—Lo que sintió. Desde que llegó a la casa.

—Pues... —Y vacilé—. ¿He de serle sincero?

—Completamente.

—Lo primero que sentí fue que ya había estado allí otra vez.

Los ojos de Perkins se achicaron hasta parecer dos rendijas.

—¿Está seguro?

—Sí... Eso fue lo que sentí.

—Pero no conocía aquella casa...

—No, no había estado nunca en ella —dije.

—Creo que alguien piensa por usted, Barton.

—¿Qué trata de insinuar?

—A veces debe haber una fuerza ciega que le dirige.

Yo estaba dispuesto a creerlo. Estaba dispuesto a creer cualquier cosa, después de lo que había sucedido en Newark.

Además era cierto. A veces había tenido aquella sensación.

La de que alguien me empujaba. La de que otro ser pensaba por mí.

—¿Pero quién puede ser? —balbucí.

—Ese cerebro. Ese cerebro existe.

—No hace muchas horas me ha dicho que era una alucinación mía, o por lo menos me ha parecido que pensaba eso.

—Sí, lo pensaba, pero yo empiezo a creer lo contrario.

—Aquel cerebro monstruoso, aquel cerebro enorme... —susurré

—. No, no puede existir. Es necesario que sea una alucinación mía.

Perkins parecía pensativo. Dio unas vueltas por la habitación, con las manos en los bolsillos.

Al principio había parecido asustado, pero ahora ya no lo estaba. Iba recuperando el dominio de sí mismo.

—Imaginemos que pertenezca a un ser que no es de esta tierra —dijo.

—No puedo creerlo.

—Es una simple suposición.

—Bien, en ese caso... ¿Pero por qué tiene que dirigirse precisamente a mí? ¿Y por qué ha de forzarme a hacer lo que yo no he querido hacer nunca?

—Usted es un instrumento, Barton.

—¿Un instrumento de quién?

—De una fuerza del más allá. Una fuerza que también podría apoderarse de mí, por ejemplo. —De pronto se llevó las manos a los ojos—. En fin... todo esto es absurdo. Voy a acabar volviéndome loco yo también. ¿Por qué no se va a descansar, Barton? Yo trataré de hacer lo mismo.

—¿Y va a seguir teniéndome en su casa después de lo que sabe?

—¿Saber qué...?

—Imagine que sea verdad que yo he matado a Trevor.

—No quiero pensar en eso. Y usted, Barton, trate de olvidar también.

Me dejó solo.

Subí al dormitorio que me habían asignado con gestos de autómatas, mientras pensaba que todo lo que me estaba rodeando, incluso las cosas más normales, era exclusivamente fruto de mi imaginación.

Me tendí en la cama vestido como estaba.

Supe que no podría cerrar los ojos.

A través de la ventana veía miles y miles de estrellas, entre las cuales parecía flotar ahora el rostro de Trevor.

Me puse en pie poco a poco.

Sentía otra vez como si una fuerza lejana me empujase. Como si un cerebro que no era el mío diera órdenes a mis músculos.

Abrí la puerta de la habitación y descendí en silencio a la planta baja.

No se oía el menor rumor en toda la casa, pero en una de las habitaciones brillaba una luz.

Entré.

Ella alzó la cabeza.

—Me había asustado —dijo.

Miré la bata blanca, las gruesas medias de lana, las manos que temblaban un poco. Porque no sólo había asustado a la enfermera, sino que estaba asustada aún.

Sin duda debía saber ya lo que ocurría. Y debía dudar entre ponerse a chillar o llamar a la policía.

—¿Qué quiere? —balbució con un soplo de voz.

—¿Tiene algo para dormir?

—¿No puede descansar?

—Sé que me será imposible cerrar los ojos en toda la noche.

—Bueno, eso se remedia fácilmente... Claro que no conviene abusar. Tome esa botellita color crema que hay sobre la repisa.

—¿Junto a la jeringuilla?

—Sí.

Tomé la botellita que me indicaba, pero mis dedos hicieron caer la jeringuilla que tenía la aguja colocada. Ésta se clavó un poco en una de las rodillas de la enfermera.

Lanzó un gemido de sorpresa y de dolor.

—Podría tener cuidado...

—Lo siento, me han temblado las manos.

Pero yo miraba insistentemente su rodilla. Miraba la gotita de sangre que había brotado de la piel, atravesando la media, pues la aguja era gruesa y había caído desde bastante altura.

Ella me miró con horror.

—Ya sé por qué lo ha hecho —balbució con voz densa, temblona, cargada de inflexiones de miedo.

—¿Por qué?

—Le gusta ver sangre...

No le contesté.

No me atreví a negar aquellas palabras, porque la verdad era que tenía los ojos clavados, como hipnotizados, en la pequeña herida.

Di media vuelta y me alejé.

Me pareció oír entonces, como si llegara hasta mí desde muy lejos, envuelto en barreras de niebla, el gemido de la muchacha.

Una vez en la habitación, volví a tenderme de nuevo en el lecho.

No tomé los barbitúricos, porque la verdad es que en ningún momento había pensado tomarlos. Aguardé no supe cuánto tiempo, envuelto en mis pensamientos. Hacía frío, pero yo no lo notaba. Trataba de recordar a Trevor tal como él había sido en Vietnam. Trataba de recordar sus palabras, sus canciones.

Trevor había sido un hombre que cantaba muy bien.

Yo recordaba algunas estrofas.

Ah, sí... ¿Cómo eran?

La casa da las tres ballenas en el viejo barrio

La casa de las tres ballenas junto al mar...

Era una canción que había inventado él mismo, como inventaba tantas y tantas cosas. Trevor era capaz de inventar lo que fuera con tal de animar a un hombre que estuviera al borde del desaliento. Pero aquellas estrofas las había cantado muchas veces. Con frecuencia hablaba de la casa de las tres ballenas, que era un sitio muy familiar para él.

Me puse en pie de nuevo.

Abrí la puerta en silencio y salí.

Ahora ya no brillaba la lucecita abajo, en el mismo sitio de antes. Ahora brillaba al final del pasillo. Era en el dormitorio, como la noche anterior.

La enfermera no se quitaba las medias.

Ahora llevaba una bata de casa larga hasta los pies, pero con los pliegues abiertos. Tenía unas piernas esculturales, como yo ya había notado otras veces. Sus ojos despedían un reflejo dorado.

La puerta estaba abierta, y yo por fuerza tenía que verla, como ella me veía a mí.

—Hola, Clive —susurró.

Ella ya no tenía miedo.

Me detuve ante la puerta y la miré.

Era un espectáculo fascinante verla moverse. Sus labios pulposos, rojos, eran una tentación que no necesitaba palabras.

—¿No te quedas? —musitó.

—¿Tú lo deseas?

—Tal vez...

—Hace poco no parecías tan decidida —musité.

—Ya se sabe: las mujeres cambiamos.

—Parece que en cuanto te quitas la bata blanca eres otra.

—¿Por qué no hablamos de eso como dos buenos amigos? —sugirió—. ¿Qué haces en la puerta?

—Eres demasiado bonita —musité.

—¿Y tal vez te doy miedo?

—No, claro que no.

—¿Te infundo respeto?

—Supongamos que tenga miedo de mí mismo —dije—.

Supongamos que no quiera estar a solas contigo.

—¿Me harías algún daño?

—No lo sé.

Ella transmitió al aire una risa queda, pastosa, llena de sensualidad, que también era una tentación.

—Siento dejarte —musité.

—Oye...

Pero yo ya había cerrado la puerta. Su figura escultural, palpitante, llena de vida, desapareció.

Salí de la casa, encontrándome de lleno envuelto por la oscuridad. Mientras tanto el tiempo había transcurrido de una forma insensible, fluida.

El tiempo era algo que se me escapaba de entre las manos como un chorro de agua. Había cerrado la noche.

Eché a andar. A pesar de que todos los policías de Nueva York debían tener mi descripción, podía confiar en que no me creerían tan audaz como para meterme en la boca del lobo. Si me paseaba ante sus narices, iba a ser más difícil que me vieran que si huía de ellos.

En mis recuerdos había un nombre: «La casa de las tres ballenas». Y aunque pueda parecer inexplicable, eso era de momento todo lo que necesitaba saber.

CAPÍTULO XI

En el rótulo débilmente iluminado estaban pintadas. Eran tres ballenas pequeñas que destacaban sobre un fondo verde. Y el local se llamaba de ese modo. Tenía míos vidrios esmerilados detrás de los cuales parecía respirarse un aire confortable, íntimo y quieto. El bar estaba situado en una zona de Long Island ahora dedicada a la pesca deportiva, pero que en otro tiempo había sido refugio y centro de reunión de viejos lobos de mar.

Entré.

Debían ser las diez de la noche. De todo eso tenía una idea sólo aproximada, porque no había mirado mi reloj ni una sola vez. Vi que había muy pocas personas en el local, que estaba ornamentado al gusto antiguo. Había una larga barra de madera, unas cuantas redes en las paredes y unas mesas aisladas, donde se sentaban más cuantas parejas.

Un equipo de alta fidelidad enviaba muy en sordina una canción de Sacha Distel.

La vi a ella.

Estaba como obsesionada, con la mirada perdida, con las manos recogidas bajo la barbilla en una mueca indolente.

Una oscura desesperación palpitaba en el fondo de sus ojos.

Diríase que había bebido, pero yo sabía que se encontraba espantosamente serena.

Me senté frente a ella.

Alzó los ojos hacia mí y estuvo a punto de lanzar un grito. Nunca he visto una mirada de terror, de asombro, más patética que aquélla. La sorpresa pudo más que el miedo. Quedó tan paralizada que no se atrevió ni a chistar.

Durante unos largos minutos, que parecieron interminables, nos miramos en silencio.

Al fin pudo balbucir:

—Usted...

—Por favor, no chille.

—Voy a...

—Quiero hablar con usted, Lorena.

—¿Cómo sabe que me llamo Lorena?

—Lorena Trevor... Sí, claro que lo sé. John me había hablado muchas veces de usted.

—¿Cómo se ha atrevido a... a...?

—El hecho de que esté aquí indica que no trato de hacerle ningún daño.

—Miserable asesino, buitre condenado y asqueroso, le voy a...

—Calle, Lorena. Yo no maté a su hermano. Y le he dicho que quiero hablar con usted.

—Me ha estado buscando para matarme también, ¿no? Y por fin ha dado conmigo.

—Se equivoca.

—Tal vez espera que le dé algo que no encontró en la casa.

—Vuelve a equivocarse. Yo no buscaba nada.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—Por la vieja canción.

—¿Qué canción?

—Ya le he dicho que su hermano nos hablaba mucho de usted, Lorena. Nos hablaba a todos los viejos amigos de Vietnam, hasta que llegamos a conocerla tan bien como si la viésemos todos los días. Él nos explicaba que a este lugar venía su padre, y que usted también lo frecuentó alguna vez, cuando se sentía desconsolada. Imaginé que esta noche sería de terrible desconsuelo y de terrible soledad. Pensé que la encontraría aquí.

Ella no contestó.

Debía pensar que aquella escena era increíble, y eso mismo la dejaba sin fuerzas.

Nadie es capaz de luchar contra lo que no llega a comprender.

Ella no entendía que yo, el presunto asesino de su hermano al que buscaba toda la policía de Nueva York estuviese allí, en un sitio público, hablándola.

—¿Qué han hecho con su hermano? —susurré al cabo de unos instantes, cuando el silencio se me hizo insoportable.

—Lo han llevado a la Morgue del hospital Bellevue.

—Y usted, ¿qué ha dicho a la policía?

—Les he dado su descripción.

Me encogí de hombros. Al fin y al cabo era natural que lo hiciese.

—Quisiera preguntarle una cosa, Lorena —susurré—. Sólo por eso he venido aquí.

—Ha... hable.

—Su hermano debió mencionarle al capitán Talbot.

—¿Talbot...?

—Es cirujano militar.

—Sí... Me lo mencionó.

—¿Dónde podría encontrarlo?

Ella pareció no haberme oído bien. Dijo con voz temblorosa:

—¿Es que no lo sabe?

—¿Saber? ¿Qué?

—Talbot murió.

—¿En Vietnam?

—Sí. Lo mataron allí.

—En Vietnam muere mucha gente —susurré, esperando, de todos modos, que me aclarara más aquello.

—La muerte de Talbot no fue normal. Mi hermano me había hablado de ello cuando regresó.

—¿No fue normal? ¿Por qué?

—Lo asesinaron —murmuró Lorena—. Alguien acabó con él, pero nunca se supo quién.

Y de pronto me miró asombrada, otra vez con los ojos desencajados por el miedo.

—Sólo me pregunta por los muertos... —balbució.

—Tampoco a Talbot lo maté yo. Sólo quería saber qué había sido de él.

—¿Por qué?

—Él me operó. Me operó de una herida en la cabeza.

—Dios santo... —gimió.

—¿Por qué ha puesto esa cara? ¿Por qué, de repente, se ha puesto a mirarme de ese modo?

—La policía ha dicho que usted debía ser un loco. Y ahora lo entiendo. Operado de la cabeza... Es natural.

Produje un chasquido con dos dedos de la mano derecha.

—¿Quieres confiar en mí, Lorena? —pregunté inesperadamente.
Quedó como petrificada.

—¿Confiar...?

—Tal vez necesite un sitio donde ocultarme. Un sitio donde ocultarme sólo un par de días.

—¿Y pretendes que... que...?

Estaba tan asustada que parecía a punto de chillar. Noté que los escasos clientes nos miraban con curiosidad, lo que representaba un gravísimo peligro para mí.

Me puse en pie.

—Es posible que te telefonee —dije.

—Hazlo. Y la policía estará al otro lado del hilo.

—Correré ese riesgo.

Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta, ante el asombro de la muchacha. No volví la cabeza ni miré a ninguna parte.

Un viento gélido me azotó la cara. Era un viento que llegaba del mar silencioso y amenazante. Las calles de Long Island, fantasmales, estaban cubiertas de niebla.

CAPÍTULO XII

Nadie es capaz de decir cuánto tiempo puede circular libremente por Nueva York un asesino reclamado sin que a ese asesino le ocurra nada. La policía le contaría a usted sobre eso cosas muy curiosas. Le hablaría de casos de delincuentes que, al saltar, por ejemplo, desde una ventana después de cometer su crimen, fueron a caer montados sobre la espalda de un policía que recogía un papel del suelo. Y de otros que, buscados ferozmente por toda la Metropolitana, se hartaron de pasearse por Nueva York, de preguntar direcciones a los guardias, de pegar gritos en los campos de béisbol y de armar trifulcas en los bares sin que un solo agente de la ley les pusiera el ojo —y ya no digamos la mano—, encima.

Yo tenía que confiar en ser de esos últimos.

Aún debía hacer muchas cosas que se irían al traste si la policía daba conmigo demasiado pronto.

Al dejar atrás la zona costera de Long Island, tomé un tren que me condujo a la «estación de la Feria», como yo la llamaba. Precisamente el hotel donde yo había vivido estaba muy cerca de allí. Miré las calles vacías, silenciosas, y me pareció increíble que tantas cosas hubieran podido suceder en tan poco tiempo.

Desde allí tomé el «Metro» hasta Times Square, haciendo uno de mis recorridos más habituales de todos los días.

Un par de policías provistos de perros paseaban por la sórdida estación.

No se fijaron en mí.

Yo sabía que estaban allí por otra cosa.

Pese a ser una ciudad tan populosa, Nueva York está tan admirablemente organizada que casi nunca hay aglomeraciones en ninguna parte. Usted tiene mesas libres en los bares, asientos en los espectáculos y plazas en los aparcamientos. Por supuesto, a diferencia de muchas ciudades europeas, y en especial latinas,

tampoco hay aglomeraciones en el «Metro». Las estaciones están solitarias y a veces los vagones viajan con una o dos personas. Como todo es automático (una máquina le despacha el *ticket* introduciendo una moneda), ni siquiera hay empleados. Eso ha ocasionado que se produjeran crímenes y hasta violaciones de mujeres en las estaciones y los vagones del «Metro». Y la policía ha decidido emplear perros que persiguen a los delincuentes incluso entre las vías.

Yo acaricié la cabeza de uno de los canes, que me saludó con un gruñido.

El policía que lo sostenía me dijo sonriendo:

—No se fíe de él.

—Me gustan los perros —aseguré.

Y seguí mi camino hacia la salida. Por lo pronto nadie daba conmigo. En Times Square encendí un cigarrillo y doblé hacia la Quinta Avenida, siguiendo hacia Central Park.

Mucha gente cree que la Quinta Avenida es toda ella aristocrática. Creencia falsa, puesto que en la zona alta pertenece ya prácticamente a Harlem. Por otra parte, hacia las once de la noche cambia de aspecto. Bastantes mujeres, casi todas ellas feas, hacen la carrera en busca de clientes. Es costumbre que estos pasen por el sórdido detalle de enseñar el dinero antes. Me moví con indiferencia por entre la gente que pasaba de un lado para otro, sin fijarse en mí. Luego cambié de dirección y fui hacia el sur, hacia la Grand Central Station, donde tomé un tren ligero que me condujera hasta el vecino Estado de Connecticut.

Noté que había bastantes policías en las inmediaciones, pero queriendo fijarse en todo el mundo no se fijaban en nadie. Avancé con la cara medio tapada por un periódico de la noche y en el vagón fingí dormir con la cara medio tapada por una mano. En Connecticut tomé otro tren para llegar a la residencia del doctor Perkins. Estaba dando muchas vueltas y exponiéndome demasiado tal vez, pero quería convencerme de que nadie me seguía.

Una vez ante la puerta de la casa solitaria de Perkins, pulsé el timbre quedamente.

Pensé que me abriría la insinuante enfermera, pero fue Perkins quien lo hizo en persona. No pareció demasiado feliz al verme. Daba la sensación de que ya empezaba a estar harto de todo

aquello.

—¿Por qué se ha marchado otra vez, Barton?

—Usted no me ha dicho que fuera su prisionero.

—Pero hicimos un trato. Yo no le delataría, sino que trataría de ayudarle. Y usted no me complicaría la vida a mí.

—Eso es cierto.

Cerró la puerta y me miró.

—¿Adónde ha ido?

—Quería hablar con cierta persona.

—¿Una chica?

—Sí.

Hizo un gesto de hastío.

—Sólo le faltaba meterse en líos de mujeres, Barton.

—No es un lío, por lo menos en el sentido que usted cree. ¿Y la enfermera? ¿No está aquí?

—Ya le he dicho que no se queda a dormir por las noches.

—Sí, es verdad. Me lo dijo.

—¿Por qué no se va a descansar de una vez? No comprendo cómo no le ha atrapado ya la policía.

—La policía es menos lista de lo que todos creemos, amigo Perkins. Actúa por rutina.

Le hice un guiño, despidiéndome, y volví a mi habitación. Y esta vez sí que dormí de un tirón hasta las nueve de la mañana siguiente.

Me estaba abrochando la camisa, después de ducharme y asearme, cuando alguien llamó con los nudillos a mi puerta.

—Señor Barton —dijo.

Era la voz de la enfermera.

—¿Qué ocurre?

—El doctor cree que debería someterse a otra sesión.

—Por descontado que sí. Bajo enseguida.

Oí su taconeo que se alejaba, pero de pronto fui hacia la puerta y la abrí.

Ella giró y me envolvió en una mirada cargada de indiferencia.

—¿Qué le pasa ahora? —musitó.

Tenía una expresión helada. ¡Qué diferencia de la noche anterior! Sus piernas eran igualmente bonitas, pero parecía como si a ella le diera vergüenza de que fuese así. Sus labios rojos parecían

no haber besado a nadie en toda su vida.

—Quería saber cómo se siente después de su importante herida —dije.

—¿Habla de aquel pinchazo?

—Claro.

—¡Qué tontería! —murmuró ella—. Ya ni me acordaba. Hala, dese prisa. No haga esperar al doctor.

Decidí hacerle caso.

Terminé de vestirme y bajé.

Perkins, junto al diván donde se realizaban las sesiones de sicoanálisis, me esperaba mirando unas radiografías.

—Hola, Barton —dijo—. Su salud física es perfecta. Tiene un corazón y unos pulmones de atleta.

—Vaya... Siempre es un consuelo.

—Ahora hemos de ver cómo está su mente.

—Me siento más tranquilo —susurré.

—Tiéndase ahí.

Me puse cómodo en el diván. Miraba el techo y me parecía ver dibujada en él la figura de Lorena. El día era claro, luminoso, aunque hacía mucho frío en toda la zona de Nueva York. Perkins se situó junto a mí, con su bloc de notas en las manos.

—Es extraño que no tenga miedo —le dije.

—¿Miedo de qué?

—De mí, por ejemplo.

—A quien tengo miedo es a la policía —susurró Perkins—. Todo esto puede costarme muchos años de cárcel.

Y me señaló con el dedo.

—No entiendo cómo no le han atrapado, Barton.

—Me protege mi propia audacia. Ellos creen cualquier cosa menos que me esté paseando por la calle, delante de sus narices.

—Pero su libertad depende de un hilo. Depende de que cualquiera de ellos vuelva la cabeza y diga: «¡Cáspita, pero si es ése!».

—Cierto, y además algún día tiene que suceder. Pero por el momento no ha ocurrido, ya lo ve.

Perkins, que había tomado ya unas notas, dijo:

—Hábleme de la calle.

—¿Qué calle?

—Esa que ve en sus sueños.

—¿Precisamente ahora?

—Claro que sí... Es necesario.

—Casualmente esta noche no he soñado nada. He dormido como un lirón. Hacía tiempo que no descansaba así.

—Es igual, diga lo que se le ocurra. Algo recordará de ese sueño. Diga lo que usted quiera, aunque no tenga sentido.

—La calle es ruidosa —musité.

—¿Ruidosa? ¿Qué dice?

—Sí... Claro que lo es. ¿Por qué se extraña?

—Porque usted siempre ha dicho que no tenía casas a los lados. Entonces, ¿de dónde vienen los ruidos?

Puse cara de asombro.

—Pues... pues no lo sé.

—Yo sé lo diré, Barton. He estado dando vueltas al asunto, sabe. Y he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Usted no me está hablando de una calle, sino de una carretera. Y los ruidos de que me habla sor, los ruidos de los coches al pasar.

Hice un gesto con la cabeza.

—Diablos... —susurré—. ¿Sabe que no se me había ocurrido? Lo que usted dice es muy posible.

—¿Qué carretera es ésta?

—No lo sé.

—¡Conteste! ¡Deme detalles! ¿Qué carretera es ésta?

Se había excitado. Se había inclinado sobre mí y estaba tan cerca que al hablar me enviaba partículas de saliva a la cara.

—¡Hable! —gritó—. ¡Hable, hable, hable...!

Sus facciones estaban desencajadas. Me estaba zarandeando.

—Ni que fuera usted un auxiliar de la policía —dije—. ¿No está de acuerdo con ellos, Perkins? ¿No será todo una trampa? ¿Cuánto le pagan por hacerme hablar?

—¡No diga tonterías! ¡Yo sólo quiero que me explique dónde está esa maldita carretera!

—No lo sé.

Me zarandeó brutalmente.

—¡Le voy a...!

Era un alfeñique a mi lado, a pesar de que teníamos más o

menos la misma talla. Él no había hecho gimnasia jamás, mientras que yo había hecho mucha, quizá demasiada. Le sujeté las muñecas y le aparté las manos poco a poco. Lo hice con tanta facilidad, con tal dominio sobre él, que por un instante el pánico brilló en sus ojos.

Cuando le solté, respiró aliviado.

—Perdone —dijo—. Quizá he perdido los nervios.

—No tiene importancia —susurré—. Yo también los he perdido muchas veces.

Y de pronto me llevé las manos a la cabeza, mientras una lucecita roja parecía encenderse en el interior de mi cerebro.

—Dios santo... —susurré.

Perkins se inclinó sobre mí.

—¿Qué le pasa?

—Ahora lo comprendo todo...

—¿Pero qué es? ¡Hable...!

—No se trata de una calle. Ni de una carretera.

—¿Entonces qué? ¡Dígalo de una maldita vez!

—Una calle ancha, muy ancha... Ahora lo comprendo. Y sin casas a los lados... Es muy sencillo... ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—¿Y por qué no me lo dice de una vez? —susurró Perkins.

—Se trata de la pista de un aeropuerto. De una pista de despegue tal vez. Eso no podría asegurarlo. Y lo que veo brillar al fondo, el objeto que en los sueños siempre me ha llamado la atención, es un reactor.

Perkins apretó los labios.

—Vaya... —susurró—. Ya es algo.

—Quizá no sea gran cosa. Pero es todo cuanto puedo decirle.

—De todos modos hemos avanzado. Imagino que ese aeropuerto tiene malos recuerdos para usted, desde el momento en que su subconsciente decidió olvidarlo.

—Sí... Debe tener malos recuerdos.

—No le gusta pensar en él, ¿verdad?

—Ni pizca.

—No me diga que es el aeropuerto desde el cual le llevaron a Vietnam en compañía de otros soldados.

Mis ojos brillaron y chasqué dos dedos, como si acabara de

descubrir algo muy importante para mí.

—Demonios... ¡Tiene que ser eso! ¡Claro que sí! ¡Tiene que ser eso! ¡Desde Nueva York me enviaron a Vietnam por ese aeropuerto!

—Había hecho instrucción de comandos, ¿no?

—Efectivamente, la había hecho.

—Entonces le enviaron por el aeropuerto de La Guardia, el que antiguamente era el más importante de Nueva York. Está bien, Barton. Descanse... No lo creerá, pero para decirme eso ha tenido que hacer un gran esfuerzo. La mente se cansa más que los músculos... Estese ahí quieto y procure no pensar en nada más.

Yo no me moví.

—¿Pero qué importancia tiene eso? —murmuré—. ¿Qué importa por dónde me enviaran a Vietnam?

—Sus problemas vienen de aquel hecho —dijo.

—Cierto. De no ser por la guerra, yo habría llevado una vida normal, una vida como la de los demás hombres. Allí fue donde empezaron todos mis problemas, eso es verdad.

Perkins se puso en pie.

—Descanse... —dijo con voz convincente, persuasiva—. Descanse...

Y salió.

Yo me estuve quieto durante largos minutos, con la mente en blanco, mirando el techo donde seguía viendo reflejada la imagen de Lorena.

Luego salté del diván.

Había tomado una decisión, una decisión que sólo yo conocía por el momento.

Con paso largo, elástico, salí de la habitación.

CAPÍTULO XIII

El aeropuerto de La Guardia, que lleva el nombre de un famoso y antiguo alcalde de Nueva York, era el principal de la ciudad hasta que fue construido el John F. Kennedy. Ahora La Guardia no se emplea sólo para el tráfico de pasajeros. También hay en él una pequeña sección militar, donde grandes

DC-8

ya no demasiado nuevos, que han sido habilitados para transporte, esperan la llegada de fuerzas que se encargarán de llevar de un lado a otro del país, y a veces a lejanos escenarios de esas guerras que, para desgracia suya, los Estados Unidos han tenido últimamente.

Un

DC-8

de los que he dicho, siempre estaba dispuesto al final de una larga pista. Hacía viajes a Vietnam con gran frecuencia, repostando en varias escalas. Su contenido en cada uno de aquellos viajes era muy valioso, pues llevaba hombres especialmente en trenados para la guerra de comandos. Y si usted no sabe lo que cuesta entrenar un comando, en el plan que se hace en los Estados Unidos, más vale que no lo sepa, porque tal vez se pondría de mal humor pensando en lo poco que gana a fin de mes, y en la forma como para otras cosas se tira el dinero.

El mismo

DC-8

devolvía a los Estados Unidos a los comandos heridos en combate. Muchas veces traía también cadáveres. Era algo así como el tranvía del «antes y después». Enviaba hombres sanos. Devolvía muertos, locos, heridos y desengañados.

Su tripulación variaba con frecuencia, excepto las azafatas. Las dos que estaban de servicio en aquel aparato —una por viaje, turnándose—, eran feas como diablos. Quizá era para que los

soldados no sintiesen tentaciones, o quién sabe si para que los soldados desearan llegar a Vietnam, donde hay chicas mucho mejores.

Yo llegué allí en uno de los autobuses de la TWA después de adquirir el *ticket* en la oficina correspondiente. Seguían sin fijarse en mí de una manera peligrosa. Y yo seguía tapándome la cara con los periódicos, aunque sin exagerar las precauciones.

Avancé por la ancha pista, a cuyo final estaba el aparato, aguardando como siempre.

Tal vez usted, amigo, se preguntará cómo un cualquiera, o más aún un perseguido, puede entrar en la zona militar de un aeropuerto. ¿Qué he de contestarle? Usted sabe que hay trucos. Usted sabe que, cuando uno conoce bien el lugar, sabe los resquicios por dónde poder colarse. Y aquí el resquicio era fácil, porque desde los lavabos para uso de los civiles se podía saltar por medio de unas ventanas a la zona militar, junto a varios almacenes donde la vigilancia era muy escasa.

Yo había hecho eso.

Y ahora avanzaba por la pista.

Lo veía todo como en mi sueño. Veía lo que parecía una calle ancha, larga, enorme. Y al fondo aquella cosa que brillaba. Al fondo el reactor que esperaba su carga.

A veces estaba dos y tres días así.

A veces no tenía a nadie a quien llevar a Vietnam. Y entonces era como un gran fósil que por las noches seguía brillando bajo la luna.

No fui hacia el avión.

A un lado de la pista, cerca del aparato, había un pequeño edificio de una sola planta. Era un lugar de reposo para las azafatas y los pilotos, mientras esperaban que el aparato saliera. Aunque no hubiera asignado, siempre estaba de guardia una persona allí. Generalmente era una de las azafatas.

Llegué hasta el edificio, empujé la puerta y entré.

Tuve un mal encuentro, desde luego.

Tropecé con los zapatos de la chica. Sus zapatos, sus piernas chocaron con mi frente.

¿Con mi frente?

Sí, ya sé lo que hubiera pensado cualquiera: que eso no puede

ser. Pero en cambio es perfectamente posible si la chica está ahorcada. Si su cuerpo cuelga de un gancho del techo.

Miré hacia arriba.

Lástima que hubiera sido tan fea. Los que la mataron no debieron sentir demasiada pena en el momento de hacerlo. Sus facciones estaban amoratadas, y comprendí que no era sólo por el flujo de sangre. Antes de matarla la habían recosido a golpes.

Apreté los labios.

Ni un músculo más se movió en mi cuerpo. No me asombré, porque temía, en el fondo, que aquello pudiera ocurrir. Lo que más lamentaba era haber llegado demasiado tarde.

Lo lamentaba con toda el alma, a pesar de no haber hablado con aquella muchacha más que un par de veces, y a pesar de no haberme resultado simpática.

Noté una leve corriente de aire frío a mi espalda. No me volví.

Sabía que la puerta acababa de abrirse, sabía que alguien acababa de entrar, pero no hice el menor gesto.

El cuchillo se posó suavemente en mi columna vertebral. La hoja acarició siniestramente mi espalda.

CAPÍTULO XIV

La voz tenía acento de los barrios bajos de Nueva York. Creo que sólo en el Bowery es posible oír esas palabras gangosas. Mientras la punta de acero casi atravesaba mi piel, mi desconocido enemigo farfulló:

—Lo siento, chico. Quizá has visto demasiadas cosas.

No me moví.

—¿Qué vas a hacer? —dije solamente.

—¿Y lo preguntas?

—No hace falta, ¿verdad?

—Claro que no, hermanito.

Empleé el golpe de judo y me volví en el momento preciso en que iba a hundirme el cuchillo en la espalda. Mi mano derecha cayó fulminante sobre su antebrazo, desviando el arma. Mientras tanto la izquierda llegaba hasta su mandíbula.

El tipo era un negro gigantesco, entonces lo vi. Pero su mandíbula debía ser de cristal, porque acusó el golpe como si le hubiera caído una apisonadora encima.

No perdí un segundo.

Mientras vacilaba, le golpeé —ahora con la mano abierta—, en la parte anterior del cuello.

Le vi tambalearse a punto de perder el sentido. Yo le «ayudé» con otro amable gesto.

Con su propio cuchillo le segué la garganta. Fue un golpe seco, preciso, como los que me habían enseñado en los entrenamientos de comando. El tipo ni se enteró.

Limpié el cuchillo en sus ropas y me dirigí al teléfono que descansaba sobre una mesita. No volví a mirar ninguno de los dos cadáveres.

Disqué el número de la casa de Trevor, el cual recordaba perfectamente.

La voz de Lorena me respondió.

—¿Quién...?

—Lorena, soy Clive.

Exclamó impulsivamente:

—¡Estás loco...!

—El teléfono lo tiene controlado la policía, ¿no? Hasta mí no llegó ninguna respuesta. Pero ese silencio fue más elocuente que todas las afirmativas.

—Lorena —dije—, necesito que me ayudes.

—Repito que estás loco...

—Debes saber algún sitio donde pueda ocultarme. Quizá tengas un apartamento cerca de la playa. O un estudio. Quizá John lo tenía. Dime la dirección. Necesito refugiarme allí.

Oí el rechinar de sus dientes a través del hilo.

—¿Pero es que no te das cuenta? ¡Ahora me convenzo de que estás loco, loco del todo! ¡Me pides un refugio y no te das cuenta de que la policía te está oyendo! ¡Este teléfono está controlado, claro que lo está! ¡La policía situó una escucha diez minutos después de tu huida!

Lancé un gruñido.

—Lo siento, Lorena —dije.

Y colgué.

A partir de ese momento la policía ya sabía dónde estaba.

Los patrulleros se pondrían en movimiento. El cerco se estrecharía en cuestión de minutos.

Abrí la puerta y salí.

La verdad era que yo no parecía muy preocupado, a pesar de mis siniestros pensamientos.

No estuve preocupado ni cuando vi aquel coche estacionado tan cerca, con dos tenientes dentro.

Los dos me miraron con asombro a través de la ventanilla abierta.

Yo me acerqué. El cuchillo estaba en mi bolsillo derecho. Empuñaba el mango firmemente.

Y de pronto hice algo que ellos no esperaban. De pronto mi derecha se movió y lanzó la hoja de acero. También en los comandos me habían enseñado a hacer aquellas cosas inesperadas y siempre mortales. No fallé ni por un milímetro.

La hoja de acero se clavó hasta las cachas en la garganta del primero de los falsos oficiales. Porque eran tan falsos como Judas, de eso estaba seguro, y sólo usaban los uniformes para poder llegar hasta allí sin que nadie les molestara. El otro intentó sacar una pistola, pero ni estaba preparado ni fue lo bastante rápido. Sus músculos fallaron. Yo llegué a tiempo de abrir la portezuela de mi lado y quedar parapetado tras el cuerpo del hombre al que acababa de matar.

Las dos balas se empotraron en él. Era todo lo que le faltaba para irse a gusto al otro mundo.

Unos instantes después, mi mano había sujetado la pistola que el muerto tenía en el regazo. Yo tenía la ventaja de estar parapetado, mientras que el otro se hallaba al descubierto.

Disparé una sola vez. La bala atravesó la mandíbula de mi enemigo, en sentido ascendente, y terminó alojándosele en el cerebro.

Pero ahora empezaba la segunda fase.

Ahora venía lo más difícil para mí. Tenía que huir. Los disparos se habían oído en todas partes.

No perdí ni un segundo.

Arrojé los dos cadáveres y me senté al volante, poniendo primera. Di gas y escapé lanzado no hacia la salida normal del aeropuerto, sino hacia las pistas donde estaban los aviones.

Sabía que así los desorientaría.

Y, en efecto, lo conseguí. Oía sirenas detrás de mí mientras rodaba a ciento cincuenta por las enormes cintas asfaltadas, donde cualquier velocidad era posible. La policía militar, en cambio, tenía *jeeps, que resultaban mucho más lentos.*

Pero hubieran terminado por alcanzarme.

Llegaban por todas partes. Me daba la sensación de que incluso salían del suelo.

Pero entonces tuve una idea, y la puse en práctica sin vacilar. Era una idea que podía costarme, no sólo la vida a mí, sino también al hombre que en ese momento se hallaba en los aires.

Un «Phantom» de combate se aprestaba a posarse en la pista.

Yo aumenté la velocidad, dispuesto a cruzarla. El «Phantom» pareció venir sobre mí. El coche dio terrible salto y pareció ir a volcarse. Me salí de la pista y rodé por el terreno desigual, hacia las

inmediaciones del aeropuerto, buscando un camino vecinal que me sacase de allí.

Los jeeps tuvieron que detenerse porque el «Phantom» había tomado tierra mal y giraba sobre sí mismo, locamente, en la pista.

Era lo que yo esperaba.

Nada había ocurrido, pero mis perseguidores estaban perdiendo unos minutos preciosos.

Ya sobre un camino vecinal asfaltado, aumenté mi velocidad aún. El motor chirriaba a causa de lo que le estaba exigiendo. Atravesé luego un campo labrado y estuve a punto de liquidar las ballestas, pero desorienté por completo a los de la policía militar. Una larga línea de árboles me ocultaba ahora por completo.

Llegué a la autopista.

Una estación de servicio estaba llena de coches alineados ante el *snack-bar*. Dejé el mío, tomé otro —todo eso en cuestión de segundos—, y seguí a buena velocidad.

Ya debían haber radiado la matrícula del coche y sus características, de modo que con el cambiazco les desorientaría de nuevo.

Claro que esa huida no podía durar mucho, porque yo estaba materialmente acorralado. Pero me bastaba con ganar unos minutos, y eso lo estaba consiguiendo.

Ya me encontraba ahora en las calles de Nueva York. Tenía, además, una pistola, arma de la que no había dispuesto antes. Y pensaba usarla a modo.

En estos momentos ya no me preocupaba otra cosa que llegar a mi destino. No tomé ninguna precaución para que no me descubrieran. Simplemente contaba los minutos, cada uno de los cuales era vital para mí.

Bordeé la ciudad y por una ruta en cierto modo inesperada para cualquiera que pudiese seguirme, llegué a la casa de Perkins.

Todo estaba tan tranquilo como otras veces.

Tenía ese aspecto de lugar apacible, de lugar de reposo ideal para los que, como yo, guardaban el demonio en el cerebro.

Porque ahora estaba seguro de que lo tenía.

Porque nunca había visto las cosas con tan espantosa y tan siniestra claridad.

Me acerqué a la casa.

Silencio, calma, reposo.

Todo era magnífico.

Era magnífica incluso aquella voz que me habló desde los setos cercanos a la entrada.

—Te estoy apuntando, Clive Barton. Tienes el cañón de un fusil a menos de cinco metros. Alza las manos a la altura de tu cabeza, crúzalos sobre tu nuca y luego estate quieto. Seguro que lo sabrás hacer muy bien. ¿No te enseñaron eso también en los comandos, muchacho?

Yo sabía que aquello no era broma. Que me estaban apuntando y que dispararían al menor descuido por mi parte.

Lo esperaba ya, en cierto modo. Y hasta puede decirse que lo había buscado.

Por eso alcé los brazos poco a poco.

CAPÍTULO XV

Oí unos pasos a mi izquierda, en el mismo lugar de donde procedía aquella voz.

No miré ni tuve necesidad de eso. Sabía ya quién era. Mis ojos se dirigieron solamente al cañón del fusil.

—Magnífico petardo, Perkins —dije—. Es un arma de guerra de las que atraviesan un raíl a dos mil yardas.

—Cierto... Y para curar todas tus dolencias es una magnífica medicina —dijo el médico—. La mejor que conozco.

Arqueé una ceja.

Perkins tenía las facciones demudadas, pero sostenía el fusil con manos firmes. Avanzó hacia mí.

—Entra —dijo.

—La puerta está cerrada...

—No. La puerta está abierta.

La empujé. No me servía de nada protegerme tras la hoja de madera porque las balas de aquel fusil la hubieran hecho papilla en cuestión de segundos. De modo que fui un chico bueno y entré. Permanecí en el vestíbulo en la misma postura que me había ordenado Perkins.

Éste no perdió tampoco el tiempo.

Giró el fusil y de repente me asestó un terrible culatazo en el cráneo.

Caí de costado. Tengo la cabeza muy dura, de modo que el golpe no me había dejado K. O. ni mucho menos. Pero fingí estarlo.

Me pasé una mano por la cabeza, como si empezara a ver las cosas al revés.

—Parece que ha adoptado otros sistemas de curación, Perkins —musité.

—Tú y yo tenemos muchas cosas que decirnos, maldito Barton.

Me apoyé en una de las butacas, sin levantarme del todo del

suelo. Por el momento, Perkins no me había quitado la pistola, y eso me hacía confiar en dar la vuelta a la situación. Pero mi enemigo no era tonto, y adivinó lo que estaba pensando.

—Desabróchate la americana, Barton.

Lo hice. Vio entonces perfectamente la pistola remetida entre la camisa y el pantalón.

—Vas a sujetarla con dos dedos, muchacho —susurró—. Vas a levantarla y vas a lanzarla a mis pies. Así, sin rozarme siquiera. Y procurando que la pistola quede bonita.

Tampoco me quedaba más remedio que obedecer, de modo que hice lo que él me indicaba. La pistola resbaló hasta sus zapatos. Él la recogió, sin dejar de apuntarme con el rifle, y la guardó en uno de sus bolsillos.

—Muy bien, muchacho —dijo—. Y ahora vamos a hablar.

—¿De qué?

—Tú lo sabes muy bien. Además es algo de lo que habla todo el mundo en este dichoso país.

—¿De mis crímenes?

—No, no trates de ganar tiempo... Ni te creas tan importante, muchacho. Vamos a hablar de Vietnam.

—Es un tema de conversación que no me gusta —dije.

Se sentó en una butaca frente a mí, y apuntándome siempre a menos de cinco pasos, dijo:

—Lo comprendo, pero aquí no estamos para hablar de lo que te gusta a ti, sino de lo que me gusta a mí.

—¿Qué quieres saber?

—Tenemos que remontarnos a unos años atrás —murmuró—. Hemos de hablar de unos personajes que ni tú ni yo hemos conocido cara a cara.

—¿A quiénes te refieres?

—A los gobernantes de Vietnam del Sur.

Le miré fijamente sin un parpadeo.

—Bien... —dije—. Habla.

—Hubo un médico, un cirujano militar norteamericano a quien enviaron a Vietnam —dijo—. Ese hombre, además de médico, era algo más: era miembro del Servicio Secreto. Averigüé unas cuantas cosas sobre los gobernantes corruptos de Saigón y llegó a la conclusión de que sabía lo suficiente para originar allí una

hecatombe. Más de un personaje iba a caer... Pero necesitaba una prueba, y esa prueba la encontró también.

—¿Cuál fue?

—Eso debías saberlo tú —dijo.

—Imaginemos que soy idiota —musité—. Imaginemos que ni me he enterado.

—Bueno, en ese caso tendré la amabilidad de orientarte. Verás... Ese médico logró tener en sus manos un resguardo de una caja postal en cierta estación de los Estados Unidos. Su dueño era un gobernante sud-vietnamita. El contenido de esa caja: dieciocho millones de dólares.

No dije nada, pero sentí vértigo.

La verdad es que según qué cifras me han mareado siempre.

—Era una prueba clarísima —musitó Perkins—, porque bastaba presentarla a un tribunal militar y hacer que ese tribunal delegara a alguien para abrir la caja en los Estados Unidos. Pero el gobernante de quien te hablo vio el peligro claro, muy claro. Y encargó a un grupo de... digamos «agentes ejecutivos» norteamericanos que liquidaran a ese médico y recuperaran el resguardo a cualquier precio.

—Y esos «agentes ejecutivos» erais vosotros —dije.

—Vas llegando, muchacho, vas llegando... El médico de que te hablo barruntó alguna cosa y no se estuvo en Saigón. Volvió a su puesto, cerca de la línea de combate, donde se sentía más seguro. Entonces lo trajeron para operar a un herido grave en la cabeza. Ese herido eras tú.

Me estremecí.

No dije una palabra, pero mis facciones debieron reflejar la excitación que sentía.

—Nuestro buen amigo, el médico de que hablamos, buscaba desesperadamente un sitio donde guardar aquel resguardo —musitó—. Ocupaba tan poco sitio que... Pero no se podía fiar de nadie, y presentía la muerte en cualquier rincón. Entonces tuvo una idea. ¡Claro que había un sitio seguro! Tú sabes que en cirugía se emplean muchas veces pequeñas piezas de acero o de plástico para sustituir huesos. Contigo tenía que usar una de esas piezas, que era hueca. En presencia de la enfermera que le ayudaba, desinfectó el papel, lo dobló muy bien, lo introdujo en la pieza hueca y la acopló

a otra que la cerraba. Con ella sustituyó una pequeña zona de tu parietal que había sido arrancada por la bala. Luego te vendó y te dejó tranquilo. Pensaba no olvidarse jamás de tu nombre ni de tu número. Tú *eras su prueba*, una prueba que nadie podría encontrar hasta que él quisiera, para lo cual bastaba operarte otra vez, sin demasiado peligro, y cambiar la pieza. ¡Ahora, la cirugía se parece tanto a la mecánica, muchacho...!

Sonrió. Su sonrisa era lúgubre.

—No necesito decirte —continuó—, que a ese capitán lo atrapamos y lo sometimos a «tratamiento», pero sin lograr que hablase. El «tratamiento» fue tan intenso que murió, cosa que no entraba en nuestros cálculos. Entonces dijimos al vietnamita que nos pagaba que la pista se había perdido. Pero él insistió. No estaría tranquilo hasta que el resguardo hubiese aparecido, y ese resguardo tenía que estar en alguna parte. Hicimos balance. El número de personas que podían tenerlo era limitadísimo. Por ejemplo, las enfermeras que más o menos habían tenido contacto con el médico.

—Por eso las liquidasteis, ¿no? —balbucí—. Les seguisteis la pista por todos los medios, cazándolas incluso cuando ya habían vuelto a los Estados Unidos. Todas murieron sin hablar...

Chasqué dos dedos y añadí:

—Una de ellas vestía de luto... Sí, su madre había muerto poco antes. La liquidasteis hace muy pocos días. Yo había ido a verla algunas veces, después de ser repatriado. Cuando supe su muerte, procuré que no se notara mi emoción, que nadie me supusiera relacionado con ella. Pero imaginé su cadáver colgado de la lámpara. Imaginé sus bonitas piernas.

Perkins rió áspera y bruscamente.

—Tú imaginas muchas cosas, muchacho... ¿Para qué fuiste a ver a la otra, a la calle de las Acacias? ¿Para advertirla?

Apreté los labios.

—Sí.

—Pero llegaste tarde...

—Sí.

Perkins volvió a reír.

—Los imbéciles que la mataron no te conocían —dijo a continuación—. De lo contrario debían haberte traído, sin esperar a que te capturase la policía. Pero se limitaron a interrogar a la

muchacha, y al ver que no sabía nada, la liquidaron. Gente rápida, ¿sabes? No guardan miramientos con nadie.

—Ya lo he visto —susurré.

—No, tú no has visto nada, Barton... No has visto nada... aún. Pero a lo que iba, A causa de la estupidez de aquellos tipos hube de inventar una bonita historia para traerte aquí. ¿Sabes cuál era mi misión?

—Un momento —dije—. Hay algo que no entiendo.

—¿Qué?

—En el «castillo» estaba aquel cerebro misterioso. ¿Qué hacía allí? ¿En qué consistía en realidad? ¿Qué significaba?

—Muchas preguntas, muchacho... Te estás atropellando... Pero te contestaré. El «cerebro» que tú viste es una máquina comprobadora que me cabe el honor de haber inventado.

—¿Una máquina «comprobadora»? ¿Y para qué sirve?

—Primero te explicaré en qué consiste. Fundamentalmente consta de un armazón de plástico grueso que se infla con aire hasta darle el tamaño deseado, y que produce a cierta distancia el efecto de un cerebro de enormes dimensiones. Eso ya asusta e impide que nadie se acerque a él y lo curioseé. El aire entra y sale, mediante un fuelle eléctrico, y produce un ruido característico que da sensación de latido, de vida. Pero eso es sólo la fachada. Lo importante consiste en su emisor de ondas, que repercuten en cualquier pieza metálica que uno tenga en el cerebro, produciendo un dolor insoportable e incluso desmayos. Yo suponía con fundamento que el resguardo podía estar oculto en el cerebro de alguien a quien el cirujano hubiese operado. ¿Tú, por ejemplo? Claro que sí, y por eso eras nuestra pieza principal. Pero también podía haber sido una de las enfermeras, sin que nosotros lo supiésemos. O Trevor, que era gran amigo de todos vosotros. O la azafata del avión que muchas veces transportó al médico de Vietnam a los Estados Unidos y viceversa. Con ésa no usamos el «cerebro», pero sí con los demás. Y nadie tuvo la menor reacción.

—Yo sí la tuve —balbucí—. Yo me desmayé la primera vez que fui sometido a él, al llegar al «castillo».

—Sí, pero los imbéciles que habían ido allí no dieron importancia al detalle. Creyeron que eras un visitante casual y que te habías desmayado también por casualidad. Cuando tú viste el

«cerebro» lo estaban usando en la habitación contigua con la muchacha que luego apareció ahorcada. Luego me explicaron lo sucedido, hilé cabos y di contigo.

Me pasé una mano por la boca y sonreí sin ganas.

La verdad era que sentía hasta el estómago una sensación amarga.

—Aquí me sometiste también al «cerebro» —susurré.

—Sí, claro. Era una prueba elemental. Pero la resististe mejor de lo que creía, y eso me desorientó. Pensé que nuestro hombre podía ser otro, por ejemplo, Trevor, y ordené dar con él. A ti te sometía a una especie de sicoanálisis para que me dijeras con qué personas habías tenido relación o a qué sitios estabas más íntimamente ligado. La verdad fue que lo probé todo... Pero hay algo que quiero preguntarte.

—¿Qué?

—¿Sabías lo que llevabas en tu maldito cerebro?

—No —balbucí—. Todo hube de imaginarlo, atando cabos. Y la verdad es que estuve a punto de volverme loco.

—Tal vez hubiera sido mejor —susurró—. Así no te darías cuenta de lo que te va a suceder.

—Yo también quisiera hacerte una pregunta a ti, Perkins.

—Hazla.

—¿Obráis aún en nombre de ese personaje de Vietnam del Sur?

Perkins rió de buena gana. Rió hasta que sus mandíbulas se desencajaron, pero sin dejar de apuntarme.

—No, muchacho, claro que no... —dijo—. Hubiera sido una ingenuidad, habiendo tanto dinero por medio. A ese tipo lo liquidamos, y a partir de entonces obramos por nuestra cuenta. Y ahora viene la parte más sencilla, muchacho. Ahora sólo hay que dispararte una bala... ¡Abrir el cerebro de un muerto es tan fácil!...

Y se dispuso a apretar el gatillo.

Yo ya contaba con aquello y sabía que sólo había un sitio contra el que no dispararía: la cabeza. No podía arriesgarse a destrozar lo que tanto buscaba, y por eso me lancé precisamente de cabeza contra él. Lo que más hubiera debido proteger me servía, por el contrario, de escudo. La bala me rozó el pecho, pero sin herirme apenas. Perkins lanzó un alarido. No había contado con que yo me daría cuenta de aquello: que mi parte más vulnerable era

precisamente «tabú» para él. Los dos rodamos por el suelo, y le oí lanzar un nuevo alarido. Cuerpo a cuerpo, nada tenía que hacer conmigo, y él lo sabía.

Pero logró deshacerse de mí.

De un puntapié me envió al otro lado de la habitación. Trató de recuperar el rifle.

Salté como saltan los vietnamitas, expertos en la lucha japonesa, mientras lanzaba un aullido de muerte. Mi doble patada fue fatal, implacable. Logré golpearle antes de que él pudiera disparar. Le hundí con un pie la caja torácica y con el otro le rompí el cuello.

Estaba listo en cuanto a Perkins, pero mis inquietudes no habían terminado.

La bala de pistola me pasó rozando el hígado.

Me pegué a la pared, porque sabía que no podía defenderme. A la próxima me liquidarían con facilidad, de modo que me estuve quieto. Y entonces la vi entrar. Tenía las caderas anchas, la cintura cimbreante, las piernas preciosas.

La enfermera avanzó hacia mí.

Tenía un pequeño puntito en la rodilla, bajo la fina media. El puntito de un pinchazo.

—Te lo hice porque creí que erais dos gemelas —dije suavemente—, y que a una la veía de día y a la otra de noche. Pero me he convencido de que sois una sola. Con tu doble papel tratabas de emplear todos los medios para hacerme hablar, ¿no? La seriedad, por un lado; la picardía, por otro... Pero nada os salía bien. Muy bien, muchacha... ¿Cuál es tu plan ahora? ¿Cuál es el próximo paso?

Ella musitó:

—Yo también sé abrir el cerebro de un muerto...

Y fue a disparar. Supe que estaba listo, que no iba a poder hacer nada, que no sería capaz de defenderme contra aquella mujer, ni tendría tiempo de hacerlo.

Traté de sonreír.

Bueno, era mejor acabar así.

Todos mis cálculos, todos mis planes, habían fracasado.

Pero, en fin, en esta vida siempre se fracasa. Ya dicen que la vida es una película que siempre termina mal.

Ella fue a apretar el gatillo.

Y en ese momento, la ráfaga, disparada desde una de las ventanas, le recorrió todo el brazo derecho, mientras hacía añicos los cristales. Ella soltó la pistola. Se estremeció, lanzando gritos de dolor, mientras caía lentamente.

Los policías entraron como gorilas. Lo hicieron polvo todo. Saltaron por las ventanas, derribaron la puerta... Sólo les faltó penetrar por la chimenea.

Me echaron la zarpa encima. Y lo primero que les extrañó fue que yo sonriera tan satisfecho.

—¿Pero qué le pasa a este loco? —masculló uno—. ¿No sabe que va a ir a la silla eléctrica?

—No telefoneé a Lorena por casualidad —dije—. Quería que la policía me localizara y me siguiera. Sabía que que iba a necesitar su presencia tarde o temprano.

—¿Necesitar tú a la policía? —preguntó un sargento, incrédulo—. ¿Quizá para que te apiolemos aquí mismo, maldito asesino?

—Ni maldito asesino, ni nada —susurré—. Esa muchacha no ha muerto y será un buen testigo a mi favor, aunque no le guste. En cuanto a la prueba que necesito, más segura no la puedo tener. ¡Lástima que hayan de operarme de nuevo! Pero, en fin, procuraré que me haga compañía una chica. Me refiero a Lorena Trevor. ¿La conocen?

—Claro que sí, pero...

—¿Puedo telefonarla?

—¡No! Tú solo puedes telefonar a tu abogado. O, mejor aún, al cura para que te confiese antes de que te ejecuten.

—No habrá ejecución —susurré—. No, no la habrá, sargento. Y en cuanto a Lorena, ya la telefonaré desde el Precinto de policía. Verá cómo me dejan.

Y salí. Por primera vez, todo me pareció maravilloso. Y por primera vez tuve la sensación de que los astros que no podía ver ahora me hacían guiños misteriosos desde el cielo.

FIN



AVISO



Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

